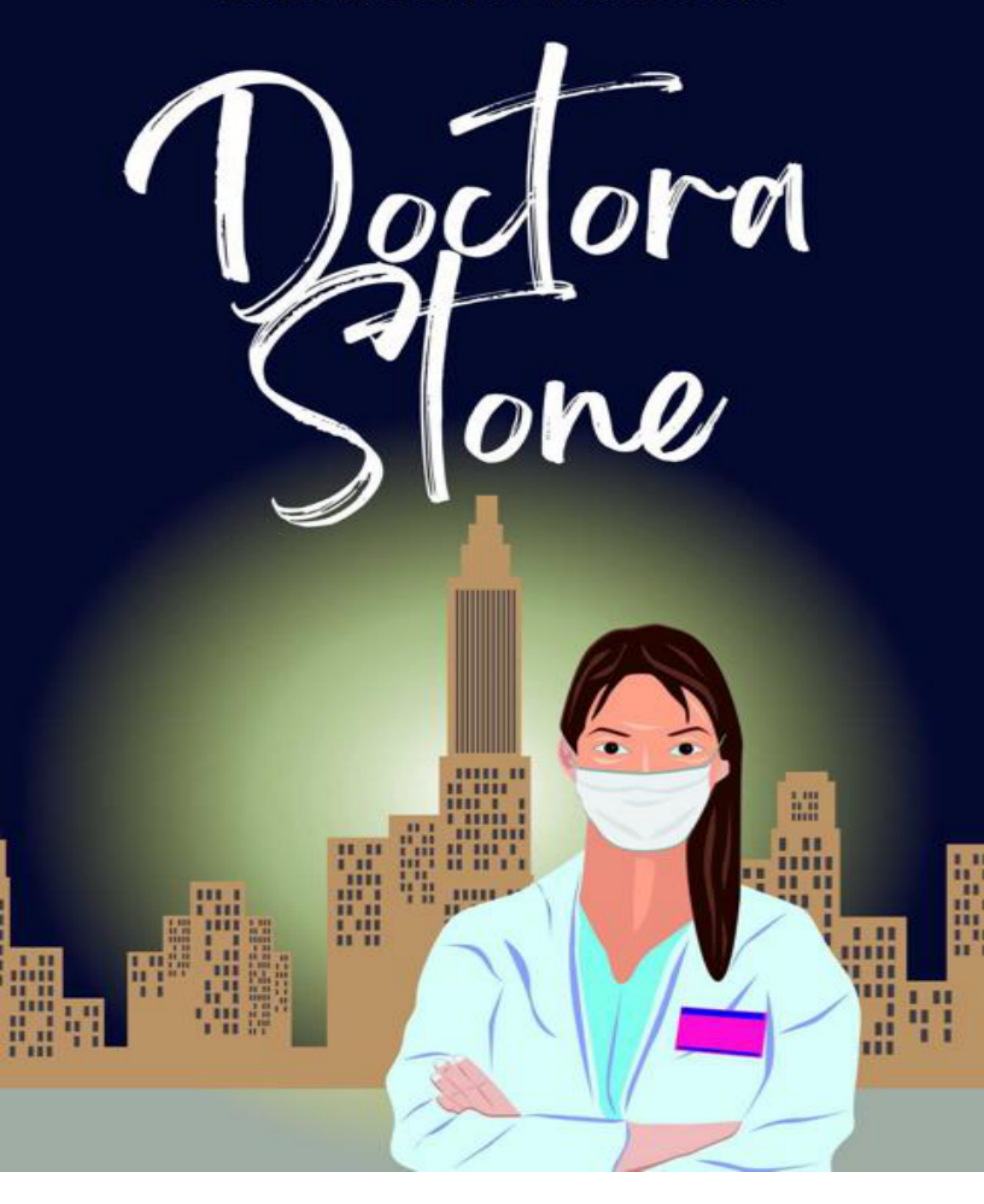

Clara Ann Simons
Doctora Stone

Doctora Stone

Clara Ann Simons

Doctora Stone
Clara Ann Simons

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Twitter: @claraannsimons1

Índice

Capítulo 1

Sarah Taylor

La sala de orientación es, sin duda, el espacio más soso jamás creado. Techo blanco, paredes blancas, suelo de baldosas blanco, una mesa barata en el medio. Blanca. Cero personalidad.

Llego diez minutos antes de lo acordado. Odio la impuntualidad. Aun así, alguien se me ha adelantado y ocupa una de las feísimas sillas, también blancas, que rodean la mesa.

Parece más o menos de mi edad, lo cual tiene sentido teniendo en cuenta que habremos acabado medicina más o menos al mismo tiempo.

Es algo más baja que yo, con unas mechas en su pelo que gritan "intento divertirme, pero estoy atrapada en este hospital". Su piel es muy clara, las cejas finísimas. Una sonrisa tímida adorna sus labios, como si quisiera asegurarme que no planea apuñalar a nadie por la espalda. Aún. Quizá tengamos que competir por el mismo puesto.

—Hola, soy Sarah —saludo, extendiendo la mano y esperando que no se note que está algo húmeda de la tensión.

Estamos destinadas a ser compañeras en el Hospital Watson Memorial durante muchos meses, quizás años, así que prefiero causar una buena impresión. Pero ¿qué le digo? Preguntarle si es su primer día me parece una estupidez. Salta a la vista que está tan perdida como yo.

—Lauren —responde, su apretón de manos es tan fugaz que me pregunto si realmente ha sucedido o si es producto de mi imaginación.

Vuelve a desviar la mirada hacia su teléfono móvil. No puedo evitar preguntarme si es tímida o simplemente, una gilipollas. Opto por darle el beneficio de la duda y elijo la primera opción. En cualquier modo, su presencia es reconfortante en medio de la tensión. Necesito relajarme o mi corazón podría explotar antes siquiera de comenzar nuestra primera sesión de orientación.

Sabía que enfrentarme a este lugar sería un desafío. Intenté prepararme mentalmente para ello, pero la realidad supera cualquier expectativa previa.

Mi hermano mayor trabajó aquí, fue residente de cirugía. Aquí encontró su muerte con tan solo veintiocho años.

La única vez que pisé este hospital, hasta hoy, fue hace diez años. Yo tenía dieciocho, acababa de graduarme del instituto. En

lugar de celebrarlo en una fiesta con mis amigas, sujetaba a una madre destrozada. Mis recuerdos de este sitio son el dolor y la desesperación. Inmensos, infinitos.

Por fortuna, la sala de conferencias es diferente a lo que recuerdo. No hay pacientes muriendo, ni camillas llevando a alguien hacia un quirófano del que nunca saldrá con vida. Si no fuera por las batas que vestimos, podrían decirme que estoy en la universidad y no notaría la diferencia.

Pero es imposible olvidar aquella maldita noche. Recuerdo venir corriendo con mi madre tras recibir la llamada. Llovía a cántaros. Jason salía de trabajar, perdió el control de su coche e invadió el carril contrario. Chocó frontalmente contra un camión. El otro conductor tampoco pudo frenar a tiempo. Ni siquiera lo vio venir. Esa noche quise culparle, aliviar mi dolor de algún modo, pero ese hombre estaba casi tan hundido como nosotras.

Con el cráneo destrozado y una fuerte hemorragia, tuvieron que operarle de urgencia. Nos advirtieron que sería una operación larga. Sugirieron que nos marchásemos a casa, que nos llamarían cuando hubiesen terminado, pero mi madre se negó a moverse. Recuerdo haber preguntado si había algún lugar en el hospital donde mi madre pudiera descansar; Jason trabajaba aquí y solía mencionar salas destinadas a ese fin. Nos ofrecieron un despacho vacío.

Tras un par de horas de espera, entró una mujer, su cara desencajada. La mascarilla le colgaba de una oreja y parecía no haberse molestado en cambiarse de ropa. Jamás olvidaré las salpicaduras de sangre en sus pantalones. Sangre de mi hermano Jason.

Trató de decir algo, abrió la boca un par de veces, pero las palabras se negaron a salir. Sus ojos azules se llenaron de lágrimas. En ese momento, supe que mi hermano había muerto.

La puerta de la sala de conferencias se abre de nuevo, y me arranca de mis pensamientos devolviéndome a la realidad. Lo agradezco profundamente. Cuanto menos piense en esa noche, mejor. No estoy segura de poder soportarlo.

Esperaba al otro interno. En su lugar entra una mujer con unos enormes ojos negros, preciosos, seguida de un hombre de unos sesenta años. Viste una bata blanca, pantalones negros y zapatos relucientes, Cumple todos los estereotipos, parece sacado de alguna serie de televisión.

—¿Solo vosotras dos? ¿No debería haber tres internos? —pregunta la mujer sorprendida.

Alterna la mirada entre nosotras y una silla vacía a mi derecha antes de sentarse en la cabecera de la mesa frente a una pantalla

blanca.

—Os hemos dividido en grupos de tres internos para poder ofrecer una formación más personalizada —explica el hombre—. Se supone que aquí deberían estar Lauren Soler, Sarah Taylor y Eric Pabst —añade, leyendo los nombres desde su Tablet.

—Soy Sarah Taylor —indico levantando una mano.

El hombre alza la vista de la pantalla y la fija en Lauren.

—¿Señorita Soler? —pregunta mirando por encima de sus gafas.

—Sí, soy yo —responde Lauren con timidez.

—Veo que el señor Pabst aún no ha llegado. Le daremos cinco minutos de cortesía y empezaremos —expone, levantando la manga de la bata para mirar la hora en un reloj de esfera blanca.

Reprimo con dificultad un suspiro de fastidio, cosa que la doctora de los enormes ojos negros no hace. Entorna la mirada y bufa enfadada y el hombre que la acompaña le hace un gesto como pidiéndole que mantenga la compostura delante de los internos.

Mi pierna derecha comienza a dar saltos por debajo de la mesa. Mis dedos tamborilean. Vuelve la ansiedad. Necesito que ocurra algo para no recordar aquella noche.

Como convocado mágicamente por el final de los cinco minutos de cortesía, el otro interno nos honra con su presencia. Es alto, posiblemente un metro noventa. Su pelo castaño está perfectamente peinado, hasta el punto de que por un instante, pienso que ha llegado tarde porque viene directamente de la peluquería.

Su bata no muestra ni una arruga y lleva unas zapatillas de deporte blancas impolutas. Seguramente nuevas y, por su marca, extraordinariamente caras. Tiene unos ojos extraños. Penetrantes y muy juntos. Todos en la sala le miramos, pero en vez de disculparse, hace un gesto como diciendo: “sí, lo sé, llego tarde, pero es lo que hay, os jodéis, pringaos”.

—Eric Pabst, supongo —pregunta el doctor que ha entrado hace un rato.

—Sí.

—¿Has tenido problemas para encontrar la sala de orientación? —insiste nuestro instructor.

—No.

Respiro hondo y debo hacer un esfuerzo para no reírme cuando observo la cara de desesperación de la doctora de los enormes ojos negros. Acaba de llamar gilipollas al nuevo interno sin decir una sola palabra. Ya me empieza a caer bien esta mujer. Me encanta su expresividad.

—Soy el doctor Lee —comienza el hombre de pelo blanco—. Me encargaré de supervisar vuestro período de formación este primer año. Es algo que llevo haciendo desde hace más de veinte años, así que he visto pasar a muchos internos por este hospital. Me acompaña la doctora Arya Kumari, jefa del área de cirugía —añade.

A continuación, se lanza a repartir paquetes de carpetas explicando procedimientos, protocolos y políticas interminables de todo tipo. Los nuevos nos miramos los unos a los otros, preguntándonos si debemos memorizar toda esta información que ni siquiera tiene nada que ver con la medicina. Son simplemente protocolos internos y parecen haber pensado hasta en las situaciones más ridículas. Es tan emocionante como sentarse a ver crecer la hierba.

Por suerte para nosotros, el doctor Lee anuncia un descanso de quince minutos y nos dirige a una sala donde se encuentran varias máquinas de refrescos y algo de comida.

Lauren y yo nos sentamos en una de las mesas mientras Eric se dirige a por una Coca Cola antes de tomar asiento a nuestro lado.

—¿Dónde habéis estudiado medicina? —pregunta con aire de superioridad.

—En Touro College, en Harlem —responde Lauren.

—Tiene que ser jodido tener que estudiar en un sitio así —suelta Eric con una sonrisa presuntuosa.

Lauren le mira y se encoge de hombros.

—Es una buena facultad. Estoy contenta.

—Sí, seguro que sí —responde el estúpido, acompañando su frase de un pequeño bufido—. La zona está mejorando un poco no, ¿al menos el sur de Central Harlem? —pregunta alzando las cejas.

Por su actitud, imagino que “mejorar” significa que ahora hay más población blanca.

—¿Cuál es la nota media de entrada en una universidad así?

—No lo sé —responde Lauren encogiéndose de hombros—. Supongo que 3,55 más o menos.

—509 en el test MCAT, ¿verdad?

Ahora ya me confirma que es un gilipollas de mierda. Si sabe la nota media del examen de acceso a la facultad de medicina de esa universidad, no sé para qué pregunta el resto.

—Yo estudié en Harvard —suelta sin que nadie le haya preguntado—. Nota media de 3,9 y 520 en el MCAT —añade de manera pomposa.

Comparto con Lauren una mirada de complicidad. Misterio resuelto, ha sacado la conversación tan solo para pasarnos por la

cara que ha estudiado en Harvard. Menudo imbécil.

—Touro College ofrece un montón de servicios gratis a la comunidad —indico para echarle una mano a Lauren.

—Sí, ponemos vacunas gratuitas, hacemos revisiones rutinarias, un montón de cosas —se apresura a responder mi compañera.

—Seguro que les viene bien a los que viven por allí —interrumpe el idiota.

—De eso se trata precisamente, Eric —le aseguro, aunque él pone los ojos en blanco como si yo fuese la que está siendo una idiota.

—¿Y tú dónde estudiaste medicina, Sarah?

El tipo no se da por vencido.

—Columbia —respondo, intentando ser lo más modesta posible.

No es que me considere súper especial por haber entrado en esa facultad. En el instituto quería ser profesora de infantil. Me encantan los niños. Al morir mi hermano Jason, me decanté por la medicina y me dejé la piel para entrar. Mucho sudor y lágrimas. Por algún motivo que desconozco, me sentí obligada a continuar donde él lo dejó.

—El apellido Pabst me suena —indica Lauren.

—Debería de sonarte, si no, no sé qué has estudiado en la carrera. Roger Pabst es mi padre, el mejor cirujano plástico del país. No os puedo decir nombres por los acuerdos de confidencialidad, pero por sus manos han pasado actores de Hollywood, cantantes famosas, miembros de la realeza de varios países, políticos de primer nivel…

Nos lo suelta sin levantar la vista de su móvil. Impasible. Tiene que demostrar que es superior cada minuto de su jodida existencia y empiezo a creer que aguantarle será la parte más dura de nuestra formación.

—También hizo la residencia en este hospital —deja caer de pronto.

Y ahí está. El origen de su arrogancia. Papá es un cirujano famoso. Seguramente muy respetado por aquí, así que Eric ha decidido aprovechar su apellido. No necesita hacerse amigo de dos plebeyas como nosotras. Lo tiene todo hecho. Seguramente ya le espera algún puesto al final del período de residencia.

De vuelta a la sala de orientación, tras el descanso, se abre la puerta. Ahora no aparecen ni el doctor Lee ni la doctora de los enormes ojos negros. En su defecto, lo hace una mujer esbelta de pelo rubio y unos ojos azules que juraría que he visto antes en algún lugar.

—¿No se supone que sois tres residentes? —pregunta confusa.

—Eric Pabst continúa en la sala de descanso. Imagino que

vendrá pronto —respondo encogiéndome de hombros al tiempo que me devano los sesos intentando recordar dónde he visto a esa mujer.

En ese momento, Eric entra en la sala de orientación y se sienta sin ni siquiera dirigirnos una mirada.

—No se moleste en tomar asiento, señor Pabst, nos vamos a la planta. Venid conmigo —indica la nueva doctora y sale a toda velocidad por la puerta como si la persiguiese alguien muy enfadado.

Lauren y yo caminamos tras ella por los largos pasillos, intentando seguirle el ritmo. Eric va algo rezagado, sus ojos fijos en la pantalla de su móvil y la ansiedad se apodera de mí como una boa constrictor. Trato de recordarme a mí misma que este hospital no está embrujado. Tampoco pesa sobre él ningún tipo de maldición, aunque reconozco que elegirlo para hacer mis rotaciones como interna, siendo el lugar donde trabajó y murió mi hermano, no ha sido la mejor idea que he tenido en la vida.

Y es al pasar por la zona de quirófanos cuando recuerdo esos ojos azules. No los había visto desde hacía diez años, solo que en aquella ocasión, estaban repletos de lágrimas.

La doctora Jackie Stone. La misma cirujana que se encargó de la operación en la que murió mi hermano, será ahora mi supervisora.

Esto tiene que ser una jodida broma del destino.

Capítulo 2

Jackie Stone

Tras dar a los novatos un curso intensivo sobre el interesantísimo mundo de las máquinas intravenosas, la nutrición enteral y los respiradores, les concedo su descanso para comer.

Yo comeré más tarde, en cuanto el doctor Lee se encargue de ellos. Los días de orientación con los internos siempre vienen acompañados de horas extras en unos turnos que ya de por sí son muy largos. Cuanto más tarde almuerce, más aguantaré con energía y mejor aprovecharé el tiempo para mis pacientes.

Respiro hondo y me preparo mentalmente antes de entrar en la habitación de la señora Rodríguez, sabiendo que no me encontraré con nada agradable. Llegó hace unos días, cojeando, sus caderas dolorosamente hinchadas. Las primeras pruebas revelaron que tenía una masa en el abdomen, así que la operé y la envié a laboratorio para que le hicieran una biopsia.

Ahora estamos esperando los resultados de patología. Aun así, su elevado recuento de glóbulos blancos y la ausencia de infecciones sugieren que se trata de cáncer. Es más que probable que su próxima visita sea con un oncólogo.

Golpeo la puerta un par de veces para llamar su atención y levanta la vista de su libro. Sonríe y me enseña la portada.

—¿No sueles estar atiborrándote de comida a estas horas, doctora Stone? —bromea. Lleva aquí unos días y ya tiene controlada mi rutina.

—Nos ha llegado un nuevo grupo de internos, así que estos días trabajaré hasta más tarde —le explico.

—¿Más tarde todavía?

—No le voy a quitar horas a mis pacientes —respondo encogiéndome de hombros.

La señora Rodríguez sacude la cabeza divertida antes de dejar el libro en la mesita de noche.

—Yo no podría hacerlo, soy demasiado vaga —confiesa.

—Tienes todo el derecho a serlo y a disfrutar de tus libros de vampiros.

—¿Ya te he dicho que son novelas eróticas? —pregunta con un guiño de ojo.

—Creo que varias veces.

—Ojalá me hubiese convertido en vampira cuando tenía veinticinco años. Así podría disfrutar de los mejores años de la

vida para siempre. Eso sí que habría estado bien. O al menos, haber muerto joven —añade con un toque de tristeza en la mirada.

—No digas eso, envejecer es un privilegio —la regaño.

—Lo sé, pero nos bombardean con esas tontas ideas de que las mujeres no valemos nada en cuanto empezamos a mostrar arrugas. A veces es difícil no tragarse esas bobadas. En cualquier caso, preferiría ser una vampira de veinticinco años para siempre a una vieja en una cama de hospital —concede—. Aprovecha la vida ahora que puedes. Trabajas demasiado.

Controlo su tensión arterial antes de colocar el estetoscopio en su pecho y más tarde en su espalda, indicándole que respire de manera profunda.

—Trabajo tantas horas porque me gusta hacerlo, señora Rodríguez. Salvar vidas es un privilegio para mí y si los días tuviesen ciento quince horas, las trabajaría de igual modo.

—Tonterías. A nadie le gusta trabajar tanto. El capitalismo te ha lavado el cerebro. Te han hecho creer que necesitas ser más productiva para ser feliz.

—Sí, camarada Rodríguez —bromeo, sacudiendo la cabeza divertida.

Ella resopla, poniendo los ojos en blanco. Hace poco tiempo que la conozco, pero ya se ha convertido en una de mis pacientes favoritos. Nuestras conversaciones me recuerdan a las que mantenía con mi abuela antes de que falleciese hace siete años. Es una mujer aguda y obstinada. La vida no ha sido amable con ella y ahora, con su enfermedad, se empeña en serlo aún menos.

—Bueno, pues me marcho. Debo atender a otros pacientes, aunque no tan simpáticos como tú —bromeo—. ¿Quieres que las enfermeras te traigan algo de comer o de beber?

—No tengo demasiado apetito últimamente —responde encogiéndose de hombros.

—Está bien —fuerzo una sonrisa, aunque me duele escuchar sus palabras—. Pasaré mañana de nuevo.

—Quizá me encuentres con ese enfermero guapetón, ese que está tan fuertote. Ha prometido llevarme a una cita —añade con un simpático guiño de ojo.

Mi estómago ruge de hambre, quizá no haya sido buena idea aplazar la hora de comer. Me dirijo a la sala de descanso, esperando que los nuevos internos hayan terminado, pero allí me encuentro a las dos chicas.

Por fortuna, no me prestan mucha atención. Engullen su comida mientras consultan las redes sociales o bromean entre ellas. Tras pasar un rato mirando hipnotizada cómo mi plato da

vueltas en el microondas, me giro para observarlas con más detenimiento. La morena ha sacado un cuaderno de notas y parece estar repasando las explicaciones que les he dado esta mañana. Buena señal.

Sonrío, siempre es gratificante saber que tus internos llegan con ganas de aprender. Pero de inmediato, la sonrisa desaparece de mis labios al observar la pulsera que lleva en su mano derecha.

Joder, no. Es imposible. Sabía que la conocía de antes. Exactamente de hace diez años. Taylor, ¡qué mierda! Ni siquiera había visto su apellido en las notas que el doctor Lee me ha pasado. No tuve tiempo. Tan solo sabía que uno de los residentes era el imbécil del hijo del doctor Pabst. Tan idiota como su padre.

Cuando la vi por primera vez era tan solo una chiquilla de dieciocho años. Su cara desencajada mientras sostenía a su madre. Ni siquiera pude hablar con ellas para darles la noticia. Las palabras se negaban a salir de mi garganta. La muerte de Jason todavía me persigue.

Meses más tarde, su madre me demandó por mala praxis. Era la primera vez que dirigía una operación en el quirófano y estaba destrozada. Repasé lo ocurrido un millón de veces. Recuerdo cada uno de los detalles como si los estuviese viviendo ahora mismo. No se podía haber hecho nada, las lesiones en su cerebro eran demasiado importantes. Mortales. Ni siquiera el mejor de los cirujanos habría conseguido salvarle.

Es extraño que Sarah haya seguido los pasos de su hermano. Mucho más extraño que eligiese el mismo hospital para hacer sus prácticas como interna.

Jamás pensé que me la encontraría de nuevo y esto empieza a alejarse demasiado de mi zona de confort. Había bloqueado su rostro para mantener mi propia cordura. Ahora regresa a mi memoria como un eco del pasado. Aquella niña que sollozaba mientras calmaba a su madre está ahora a mi cargo.

Por suerte para mí, las dos internas abandonan la sala a los pocos minutos. Ni siquiera me giro para devolverles el saludo, pretendo estar muy interesada en observar los últimos giros de mi comida en el microondas.

Quizá no se acuerde de mí. Es posible que me haya bloqueado de su memoria para siempre. Suele ocurrir en situaciones graves de estrés. Es un mecanismo de defensa de nuestra mente para no tener que revivirlas una y otra vez.

Ojalá pudiese yo olvidarme de esa jodida operación, pero mis demonios regresan de continuo para vengarse. El cuerpo sin vida de Jason aparece en mis sueños, ensangrentado, inerte sobre la camilla mientras yo intento reanimarle.

No hay forma de saber si me recuerda. Francamente, prefiero no saberlo. Si ella no saca el tema, yo tampoco pienso hacerlo. Pero será muy duro supervisar su aprendizaje, fingir que no la conozco, pretender que nunca he tenido nada que ver con la muerte de su hermano.

Capítulo 3

Sarah Taylor

—Muy bien, espero que tengáis muy claro que trabajaréis como esclavos en las horas que se os asignen en el hospital. Además, debéis estudiar y observar a los cirujanos siempre que tengáis unos minutos que no sean estrictamente necesarios para dormir —anuncia la enfermera Georgia Davis, su rostro muy serio.

Tanto Lauren como yo, asentimos con la cabeza, mientras Eric sigue muy interesado leyendo algo en la pantalla de su teléfono móvil, como de costumbre.

—Supongo que los tres tenéis ya acceso a la intranet del hospital, ¿verdad? En ella aparecen todos vuestros contactos de emergencia, por si os metéis en algún problema con uno de vuestros pacientes. Espero que no, porque de momento solamente tendréis acceso a los casos más fáciles. Si el problema es muy serio debéis llamar de inmediato a la doctora Kumari o a la doctora Stone, ¿entendido?

No puedo evitar ponerme tensa al escuchar el nombre de la doctora Jackie Stone. Esta mañana, me había mentalizado para aguantar, pero tengo claro que trabajar con ella será una auténtica montaña rusa de emociones.

A continuación, Georgia nos enseña a utilizar el antiguo sistema de buscapersonas, que ahora tan solo se utiliza para emergencias muy graves, y los crípticos códigos del hospital. Nos instruye sobre la cadena de mando, las funciones del personal que mantiene este lugar a flote. Aprendemos sobre sus turnos, rondas diarias y todas las pequeñas cosas que das por sentado porque no se ven, pero que son esenciales para el buen funcionamiento de un centro tan grande.

—Bueno, pues ahora vais a tener vuestra primera oportunidad de jugar a los médicos. Vamos a hacer un sistema de parejas y os voy a asignar un caso muy fácil. Lauren y Eric, haréis vuestra ronda juntos y Sarah vendrá conmigo —anuncia.

—No necesito a Lauren, puedo hacer mi ronda yo solo —interrumpe Eric, que por fin ha levantado la vista de su teléfono móvil.

Pongo los ojos en blanco y le dedico una mirada de pena a mi compañera. Aguantar a este tipo toda la mañana es el peor de los castigos. Ella hace un gesto de resignación y levanta las cejas como si quisiera enviarme una oferta telepática de trabajar juntas

en la próxima ronda. Menos mal que es una mujer tranquila, porque cuando me toque a mí, Eric y yo pareceremos dos puercoespines rabiosos en un combate de boxeo.

—Tú harás las rondas con quien yo te diga —replica la enfermera Davis—. Ahora mismo eres tan solo un interno novato y deberías estar agradecido de que te permito hablar —espeta, poniendo los brazos en jarra.

Eric se queda callado, sorprendido de que la enfermera le haya parado los pies de un modo tan tajante, y hasta sonríe al recibir su ronda de visitas.

—Sígueme, Sarah —indica—. Tú y yo nos vamos a encargar de la señora Mara Abano, una vieja conocida en el hospital y una auténtica pesadilla para las enfermeras. Viene cada mes, aproximadamente, y te advierto que a veces pierde el control —añade, poniendo los ojos en blanco de una manera tan dramática que temo que se le queden pegados y no vuelvan a su posición normal.

Doblamos unas cuantas esquinas y llegamos a una habitación de tres camas, muy bien iluminada por la luz del sol. En el centro hay una anciana de pelo rizado y castaño que nos mira frunciendo el ceño.

—Enfermeras incompetentes e imbéciles —masculla entre dientes mientras azota un vaso de plástico contra la mesita que tiene a su lado.

Me quedo de piedra al escuchar sus palabras, pero Georgia me guiña el ojo con una expresión que dice a voces "ya te avisé" sin pronunciar una sola palabra.

—¿Por qué traes a una niña con bata de médico? —pregunta la mujer, dirigiéndose a la enfermera Davis.

—Señora Abano, le presento a la doctora Taylor, es una de las nuevas internas.

—No necesito a ninguna niña, ¿dónde están los doctores de verdad? —protesta con un dramatismo que le haría ganar un Óscar.

Por unos instantes, no sé cómo reaccionar. Por suerte, Georgia mantiene la calma y le asegura que tengo todos los títulos necesarios para tratarla, algo que parece que la anciana no se acaba de creer, porque sigue empeñada en que soy una niña.

—¿Qué le trae por aquí esta vez, señora Abano? —pregunta Georgia, sacando un bloc de notas y un bolígrafo.

—Ya se lo he dicho a la estúpida de tu compañera al ingresar. Migrañas insoportables, tos, cansancio, dolor de piernas. ¿He dicho ya que tengo tos? Estoy teniendo un infarto y no me hacéis ni caso. Os demandaré a todos —amenaza.

—¿Y cómo se encuentra ahora, señora? —inquiero acercándome a ella y forzando mi mejor sonrisa.

—Pues muy mal, ¿cómo voy a estar, niña tonta? ¿Estás segura de que ha terminado la carrera? —añade, dirigiéndose ahora a la enfermera Davis.

—Muy bien, vamos a darle algo para el dolor de cabeza, ¿vale? —indico, desviando la mirada hacia Georgia, que abandona la habitación en busca de alguna medicación suave que la alivie.

Por los comentarios que ha hecho antes la enfermera y lo que voy viendo, estoy casi segura de que esta mujer trata tan solo de llamar la atención. Seguramente, vive sola y no tiene familia, o quizá sus hijos no le hacen caso. Puede que sea una forma de sentirse importante.

—No me fio de esa torpe —murmura la señora Abano sacudiendo la cabeza y sin quitar ojo a la puerta por donde ha salido Georgia—. Seguramente haya matado ya a varios pacientes con su incompetencia.

—La enfermera Davis es muy competente —le aseguro.

—Las enfermeras de este hospital son lo peor —insiste—. Prefieren que te congeles de frío antes de molestarse en traerte una manta.

Decido ir adelantando las pruebas mientras regresa Georgia. Debería esperarla, sé que es el protocolo, pero estoy casi segura de que a esta mujer no le ocurre nada.

—Señora Abano, voy a comprobar sus pupilas —anuncio colocando los dedos en su barbilla para levantarle la cara.

—¡No me toques, zorra! —grita, apartándome de un fuerte manotazo.

Retrocedo, levantando los brazos en señal de que no quiero discutir y casi en estado de shock ante su reacción.

—De acuerdo, ¿puede decirme si el dolor es agudo o pulsátil?

—¡Las dos cosas, idiota! —chilla la mujer, agarrándose la cabeza con fuerza y clavándose las uñas hasta levantarse la piel.

—Señora Abano, por favor, se va a hacer daño —le advierto, dirigiendo por el rabillo del ojo mi mirada a la puerta para ver si Georgia regresa y me echa un cable.

—¡Te he dicho que no me toques! —protesta cuando intento detenerla, antes de darme un tortazo digno de un boxeador profesional.

Con la mejilla escociéndome por la bofetada, me apresuro a pulsar yo misma el botón de emergencia para llamar a una enfermera. No quiero quedarme a solas ni un minuto más con esta mujer.

—¿Todo bien? —pregunta Georgia, que me temo que estaba

esperando tras la puerta y posiblemente partiéndose de risa antes mis dificultades.

—Dale algo para el dolor de cabeza, por favor —suspiro.

—Necesito algo mucho más fuerte —ladra la mujer, lanzando contra mí la pastilla que le acaba de dar Georgia, sin ni siquiera saber de qué medicamento se trata—. ¡Dame algo que funcione de verdad, bruja!

—¿Lorazepam? —le indico a Georgia, que asiente con la cabeza.

Justo en ese momento, entra un auxiliar que sujeta uno de los brazos de la señora Abanto mientras yo me encargo del otro e intentamos calmarla hasta que regrese Georgia.

—Señora Abanto, vamos a administrarle un sedante para que se calme. Esto le ayudará también con el dolor de cabeza —anuncio —. Es por vía oral, tan solo tendrá que tomarse una pastilla, pero debe cooperar con nosotros, ¿lo entiende?

La anciana hace un gesto con la cabeza y la soltamos con cautela.

—Un miligramo —le indico a Georgia.

La enfermera abre el bote de pastillas con la delicadeza de un experimentado camarero a punto de preparar un cóctel. Deja caer una de ellas sobre la palma de la mano y se la ofrece a la anciana acompañada de un pequeño vaso de agua. Con un suspiro dramático, la señora Abanto vuelve a meterse en la cama, se tapa hasta la cabeza con la sábana y permanece tranquila de inmediato.

Durante un buen rato, la vigilamos como si fuésemos dos ángeles de la guarda asignados al alma más melodramática del planeta. Al fin, su cuerpo se relaja, los ojos se cierran y se queda dormida.

—Creo que te mereces un descanso —declara Georgia dándome una palmada en la espalda.

—¿Qué ha sido esto, una novatada? —me quejo.

—En parte sí. Debes aprender a tratar con los pacientes. Los hay buenos y malos. Algunos son muy problemáticos, pero lo has hecho muy bien —me asegura.

—Podría haber ido mejor.

—Y también mucho peor. Pensé en encargárselo a Eric. Quizá mañana le prepare algún caso similar —deja caer con una malévola sonrisa.

Cuando entramos en la sala de descanso, los otros dos internos ya están allí, tomando tranquilamente un café mientras a mí todavía me escuece la mejilla.

—Se comenta que has tenido una paciente difícil —comenta el

idiota de Eric. Aquí las noticias vuelan a la velocidad de la luz.

—¿Cómo os habéis enterado? —pregunto mientras saco una botella de agua de la máquina expendedora.

—Una de las enfermeras comentó que te estaba haciendo pasar un mal rato —explica Lauren.

—Sarah manejó la situación como una auténtica profesional —indica Georgia, tomando asiento junto a nosotros—. Consiguió sedarla y ahora se ha quedado tranquila.

—¿Has sedado a una paciente tan solo por un dolor de cabeza? —pregunta Eric, poniendo los ojos en blanco—. Sabes que hay medicación para eso, ¿verdad?

—No la sedé por el dolor de cabeza, sino porque se comportaba de manera errática. Me pegó un tortazo —expongo, aunque no sé por qué le doy una explicación si está claro que tan solo pretende hacerme enfadar.

—Vamos, que no has podido controlar a una anciana y has tenido que sedarla —responde haciendo una mueca.

—Ni siquiera estabas allí —bufo.

—Eric, sal a dar un paseo. Que te dé el aire —suelta la enfermera Davis señalando la puerta con el dedo.

—¿Qué?

—Lo que acabas de oír. Ahora mismo —repite manteniendo la calma.

Nuestro compañero abre los ojos de par en par, pone una cara casi como si fuese a llorar, pero se levanta lentamente de la silla y se dirige a la salida.

—Verás cuando mi padre se entere de esto —refunfuña antes de marcharse.

—Es insoportable —protesta Lauren—. No se calló en ningún momento, decía que estaba perdiendo el tiempo haciendo una ronda con un paciente. Según él, va a ser cirujano como su padre y tendría que estar observando operaciones quirúrgicas.

—Es gilipollas —masculla la enfermera Davis—cada cierto tiempo aparece uno como él—. Su padre también era idiota a su edad, imagino que ahora será aún peor —añade.

—Veo que los Pabst son una leyenda en este hospital —bromeo.

—Algún día, contarás historias sobre Eric —agrega Georgia sacudiendo la cabeza.

***

Al llegar a casa, me siento como si estuviese flotando en las nubes. A pesar de mis dificultades con la señora Abanto y más tarde con Eric, el resto del tiempo discurre sin ningún tipo de contratiempo. Georgia es una fuente de conocimiento inagotable mientras hacemos el resto de las visitas y da gusto estar a su lado.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal tu primer día de visitas médicas? —saluda mi madre, arrullándome como si fuese una niña pequeña.

—Muy bien. Cansada, pero muy contenta.

—Es normal. ¿Has hecho amigos?

—Mamá, no estamos en el colegio. Es un trabajo —le explico entornando los ojos.

—¿Te llevas bien con los otros internos? —insiste.

—Con una de ellas sí, muy bien. También con la enfermera que nos supervisó. El otro interno de nuestro grupo es insoportable. Un niño millonario cuyo padre es un cirujano plástico famoso. Ya tengo ganas de cambiar de compañeros en la siguiente rotación, aunque echaré de menos a Lauren.

—Cuando tu hermano hizo las prácticas recuerdo escuchar hablar de un tal doctor Lee. ¿Sigue por ahí?

—Sí, él y la doctora Stone son nuestros supervisores directos. También hemos estado con la doctora Kumari y…

—¿Has dicho la doctora Stone? —interrumpe mi madre con los ojos muy abiertos—. ¿Jackie Stone? ¿Esa asesina sigue trabajando en el hospital?

Me muerdo el labio inferior al darme cuenta de mi metedura de pata. Estaba tan emocionada que ni siquiera me percaté de que en esta casa está prohibido mencionar su nombre. El acento sureño de mi madre, que ya casi ha desaparecido tras veinte años en Nueva York, regresa con fuerza. Señal inequívoca de que se ha puesto muy nerviosa.

—Mamá, no es una asesina. Ya le has puesto una demanda por negligencia médica hace años y salió absuelta —le recuerdo, bajando el tono de voz.

—Los médicos se tapan entre ellos —murmura—. Ha matado a tu hermano, es una asesina —concluye mi madre, incapaz de dejar el tema.

—No seas dramática, por favor —mascullo.

—¿Dramática? ¿Crees que estoy siendo dramática? —interrumpe gritando a todo pulmón—. ¿La muerte de tu hermano a manos de esa asesina no te parece algo dramático?

Dejo escapar un largo suspiro y me pellizco el puente de la nariz, rebusco las palabras más adecuadas para calmarla, aunque me temo que no podré encontrar ninguna.

—No me refiero a eso, mamá —explico, tratando de forzar una sonrisa—. Tan solo quiero decir que no considero que tenga sentido responsabilizar a la doctora Stone de la muerte de Jason. Eran compañeros y…

—¿A quién debo responsabilizar, Sarah? Se supone que estaba cualificada para realizar la operación que debía salvar su vida.

Todo el mundo confiaba en ella para que lo hiciera. Estaba destinada a ser la gran estrella del hospital. La mejor cirujana. No pudo salvarle porque en el fondo es una incompetente. No me puedo creer que el sistema funcione tan mal como para que esa mujer siga ejerciendo la medicina —ladra mi madre.

—Mamá, es una gran cirujana y…

—Y que encima se encargue de supervisar a los internos. Pero ¿en qué mundo vivimos? ¿Quién toma las decisiones en ese hospital? Te dije que eligieses otro.

—Por favor, mamá…

—¡No! —zanja—. Ir a ese hospital fue un error y lo sabes muy bien. Después de que mataran a tu hermano, no sé cómo se te ocurre algo así.

—Ya lo hablaremos —susurro al tiempo que giro sobre mis talones para encerrarme en mi dormitorio con los ojos llenos de lágrimas.

Sé que en estos instantes es mejor no discutir con ella. A mí también me duele la muerte de mi hermano. Debo reconocer que durante mucho tiempo le eché la culpa a la doctora Stone. Ahora ya no estoy segura.

—¡Vuelve aquí, que te estoy hablando! ¡A mí no me des la espalda, Sarah! —escucho decir a mi madre, aunque con la puerta cerrada y la música a todo volumen, sus palabras suenan ya como un eco lejano.

Capítulo 4

Jackie Stone

—El señor Blythe presenta sangre en las heces. ¿Qué emocionante prueba deberíamos hacer? —pregunto a los tres internos que se encuentran frente a mí.

—¿Es todo esto necesario? —inquiere Eric Pabst con su habitual gesto de superioridad.

—¿Es necesario para qué, Eric? Desde luego, para el señor Blythe es muy necesario que sepáis cómo proceder —le explico, tratando de mantener la calma.

—Esto es una rotación de cirugía. Yo voy a ser cirujano plástico, como mi padre. No veo la necesidad de saber lo que debo hacer con un paciente con sangre en las heces —explica Eric chasqueando la lengua.

—Estáis aquí para aprender. Para eso están las rotaciones. Yo soy cirujana como sabes, pero debo conocer también otros aspectos de la medicina. Quizá no ser una experta, pero sí conocerlos.

Eric levanta las manos en señal de rendición, aunque al menos se queda callado. Hace una hora, Georgia Davis me comentó en el café que tuvo que enviarle a dar un paseo. Su actitud prepotente no ayuda en nada a sus compañeros. Yo no he conocido a su padre, Georgia y varias compañeras me han dicho que es insufrible. Arya le conoció en una conferencia y añadió que era un “puto gilipollas” en sus propias palabras. Pero Arya es Arya.

—Deberíamos hacer un análisis de las heces lo antes posible —contesta Lauren con timidez.

—Correcto, ¿por qué?

—¿Podría indicar un cáncer colorrectal? —aclara Lauren y Eric frunce el ceño como si le hubiesen robado su última galleta de chocolate.

—¿Qué requiere la prueba?

—Una recogida de tres muestras para examinarlas al microscopio en busca de sangre —responde Sarah de inmediato.

Asiento con la cabeza y le dedico una sonrisa, pero cuando nuestros ojos se cruzan, aparta la mirada nerviosa. Regresa a mi mente la posibilidad de que Sarah sepa que he sido yo la doctora que atendió a su hermano en aquel quirófano. También es posible que tan solo sea tímida, aunque no lo parece. ¡Concéntrate, Jackie!

—¿Qué otros factores pueden provocar sangre en las heces? —pregunto con la esperanza de mantener a raya mis pensamientos.

—Hay muchos factores no cancerosos como ciertos medicamentos o alimentos, hemorragias gastrointestinales o incluso las hemorroides —se apresura a responder Eric, dispuesto a luchar por su corona de enciclopedia médica humana.

—¿Qué medicamentos? —presiono.

Abre la boca para responder, pero la deja colgando, sus palabras aparentemente atascadas en la garganta.

—Los AINEs como el diclofenaco, el ibuprofeno o el ketoprofeno —responde Sarah con seguridad —. También los inhibidores plaquetarios como el ácido acetilsalicílico, el clopidogrel y el prasugrel, y anticoagulantes como los antagonistas de la vitamina K, la heparina o los anticoagulantes orales directos. La terapia antiagregante plaquetaria combinada o la medicación combinada con inhibidor plaquetario y anticoagulantes también tienen mayor riesgo de provocar hemorragias gastrointestinales —añade ante la cara de asombro de sus compañeros.

—Mayor riesgo, ¿comparado con qué?

—Con una monoterapia.

No puedo evitar sonreír orgullosa. Me recuerda demasiado a mí misma a su edad.

—¿A qué edad debería hacerse un análisis de sangre oculta en las heces?

—A partir de los cuarenta y cinco años, según la Sociedad Americana contra el Cáncer —responde Eric en un intento por recuperar su gloria perdida.

—Bien, pasemos a nuestro siguiente paciente. El señor Willis ha ingresado para una intervención ya programada. Sin embargo, en las pruebas rutinarias del preoperatorio presenta síntomas de confusión, pérdida de memoria y alteración del estado de alerta. No tengáis miedo a equivocaros. Estáis aquí para aprender. Si no aprendéis de vuestros errores ahora, os veréis obligados a hacerlo en situaciones reales en el futuro. Eso sería mucho más grave —añado.

Los internos disparan las posibles respuestas como si se tratase de una ametralladora. Sin embargo, mientras nos adentramos en la vasta extensión de posibilidades, capto la mirada aterrorizada de Sarah y corto en seco el diagnóstico. Creo que ninguna de las dos estamos todavía preparadas para discutir lesiones graves en la cabeza.

La agenda de hoy es sencilla. Interrogar a los novatos con todos los casos que nos dé tiempo durante tres horas, darles un

descanso y ofrecerles elegir entre observarme en el quirófano o hacer rondas de consultas rutinarias con la enfermera Davis. Esta última parte de la jornada es como uno de esos libros de “elige tu propia aventura” pero con bisturís y batas.

No puedo evitar sentir una punzada de rechazo al escuchar a Sarah Taylor elegir las rondas rutinarias junto con la enfermera Davis. Normalmente, todos los internos están ansiosos por pisar por primera vez un quirófano durante una cirugía real.

Antes de entrar, les muestro la importancia de evitar cualquier tipo de contaminación en la sala de operaciones, que podría causar futuras complicaciones en el paciente.

He elegido una cirugía rutinaria, lo último que necesito es tener a dos internos en estado de shock en caso de que la vida del paciente corra peligro. Por suerte, tras la operación, será el doctor Lee quien se encargue de ellos y podré realizar cirugías más complejas.

***

Ya en el metro, regreso a casa agotada, física y mentalmente. En el móvil un mensaje de voz de mi padre, preocupado por mis largas horas de trabajo y mi falta de vida social. Había prometido llamarle y hace… ni siquiera recuerdo cuántos días hace desde la última vez que hablamos.

Tras un largo suspiro, al llegar a casa deslizo el dedo por la pantalla del móvil en busca de su número de teléfono, pero pronto me detengo. Son casi las doce de la noche y probablemente esté durmiendo. En su defecto, opto por dejarle un mensaje y meterme directamente en la cama.

A las tres de la mañana me despierto sobresaltada, mi corazón acelerado. La pesadilla se desvanece, pero el rostro de Jason Taylor en el quirófano permanece en mi memoria. Destrozado, ensangrentado. Un fantasma de mi pasado que regresa casi cada noche desde hace diez años, su recuerdo tan fresco como el primer día.

A veces, el recuerdo de las distintas opciones que hubiese podido tomar me mantienen despierta toda la noche. Las repaso en bucle una y otra vez, tratando de encontrar una solución donde no la hay.

Una sucesión interminable de “y si…” me persigue. Qué hubiese pasado si me hubiese movido más rápido, si le hubiese operado un cirujano con más experiencia… Con mis conocimientos actuales, ¿habría elegido un camino diferente aquella noche? ¿Habría actuado de otro modo en aquel jodido quirófano? Ya no hay vuelta atrás. Hice todo lo que pude y, aun así, no fue suficiente. Jason perdió la vida sobre aquella camilla.

Era un joven brillante. Todas sus esperanzas truncadas en unos pocos minutos. Una escena que se repite en noches interminables. Mi propio infierno privado con recuerdos que no ceden. Pensé que, con el tiempo y la experiencia, el dolor se desvanecería. Pero las vidas no pueden devolverse, no importa cuánto trabaje para salvar otras.

En el hospital, cada paciente salvado es una especie de homenaje a Jason Taylor. Eso alivia mi dolor. Pero en la oscuridad de la noche, a solas con mis demonios, el consuelo dura poco. La imagen de su cuerpo inerte, ensangrentado, me persigue como si quisiese vengarse.

Capítulo 5

Sarah Taylor

Al entrar en la sala de descanso, arrojo sobre un sofá mi sudadera como si estuviese pasada de moda. Por fin ha llegado la primavera a Nueva York, regalándonos de pronto temperaturas por encima de los veinte grados. Aun así, por mucho que me guste disfrutar del sol, esta época del año es como si me echaran un cubo de agua helada por la cabeza.

Toca celebrar el aniversario de la muerte de mi hermano Jason. Ha transcurrido ya diez años desde que aquella lluvia torrencial le sorprendió mientras conducía y perdió el control de su coche.

Mañana he pedido el día libre para estar con mi madre. Es una tradición, nuestro "maratón de duelo" anual, aunque prefiero no usar ese término delante de ella. Pasaremos el día comiendo comida basura, bebiendo vino y poniendo en la televisión las películas favoritas de mi hermano. También miraremos muchas fotos de cuando Jason y yo éramos pequeños.

Es más que probable que nuestro día transcurra en una retahíla de sollozos, algún grito y un montón de maldiciones hacia la doctora Stone y toda su familia; presente, pasada y futura. Algunos años, incluso visitamos uno de esos locales en los que pagas por destrozar cosas. Reconozco que durante el aniversario de la muerte de Jason, ni mi madre ni yo nos comportamos como personas emocionalmente estables.

Dada la conversación que he tenido ayer con mi madre, en la que se enteró de que la doctora Stone es mi supervisora, es más que probable que pasemos la tarde rompiendo cosas con un mazo. Imagino que es el modo que tiene de liberar las emociones reprimidas durante todo el año y así evitar que le entre un ataque de nervios en medio del supermercado o en un restaurante chino. Momentos de calidad madre-hija, supongo.

Cuando estaba en la universidad, solía coger también libre el día anterior, pero ahora soy una interna en un hospital y los días libres escasean. Eso sin contar con que he estudiado medicina por él.

Mientras me atiborro a cacahuetes salados y echo un ojo a los últimos cotilleos en las redes sociales, observo por el rabillo del ojo a la doctora Stone entrar en la sala. Se pone tensa al verme y se dirige a la nevera, sin duda para coger su almuerzo y marcharse a la azotea a comerlo. Es algo que hace de manera

habitual. Si yo estoy en ella, evita la sala de descanso como la misma peste negra. Mi estancia en este hospital se está llenando de encuentros incómodos.

Los primeros días llegué a pensar que no sabía quién era, pero ahora estoy segura de que sí lo sabe y por eso trata de evitarme a toda costa. La detective que hay en mí está orgullosa de esa deducción.

Llevo días agonizando sobre la idea de enfrentarme a ella. Creo que lo que necesitamos es hablarlo cara a cara de una vez. No podemos seguir con esta ridícula situación en la que ambas tratamos de ignorar lo ocurrido con mi hermano. Supongo que tendré que ser yo la adulta y tomar la iniciativa. Será rápido, como arrancar una tirita o la cera caliente. De golpe.

—Doctora Stone, ¿tienes un momento? —pregunto justo antes de que desaparezca corriendo por la puerta y pierda mi oportunidad—. Me gustaría comentarte una cosa.

Vacila unos instantes, abre la boca como un pez fuera del agua antes de asentir y sentarse a mi lado. Su postura grita tensión, sus hombros rígidos como si se estuviera preparando para una batalla.

—¿Tienes alguna duda sobre las rondas de pacientes de esta mañana? —disimula alzando las cejas. Buen intento, pero no va a funcionar.

Respiro hondo, dejando escapar el aire lentamente mientras sus ojos azules buscan los míos.

—Sabes quién soy, ¿no? —pregunto con un hilo de voz apenas audible.

Juro que tenía pensado ser mucho más agresiva, pero no me sale. Aun así, es un buen comienzo.

—Me acuerdo de ti, sí —suspira y aparta la mirada con dolor.

—Es justo por ese gesto por lo que me he dado cuenta. Lo hiciste justo hace diez años, al entrar a darnos la noticia de…

—De Jason.

Termina la frase por mí, clavándome de nuevo esos ojos azules que ahora me parecen de una profundidad infinita.

—Aquella noche ni siquiera pude daros la noticia. Estaba destrozada —admite—. Supongo que opinas como tu madre, que la muerte de tu hermano fue por mi culpa. Posiblemente, creas que un cirujano más experto podría haber salvado su vida. Te juro que he repasado esa operación un millón de veces en mi cabeza y no habría hecho nada diferente —añade con los ojos humedecidos.

—Yo no…

—Si un día te sientes preparada emocionalmente, puedo

repasar contigo esa cirugía. Con diez años más de experiencia, no hubiese podido salvar a tu hermano en cualquier modo, sus traumatismos eran mortales —expone desviando la mirada para secar una lágrima que rueda por su mejilla.

—No creo que jamás esté emocionalmente preparada para repasar esa cirugía —confieso.

—Lo sé —suspira—. Escucha, Jason era un buen amigo, hubiese sido un gran médico. Fue tan solo mala suerte. A veces, la vida es injusta, es una ruleta, y esa vez le tocó a él. A todos nosotros, en realidad. No pretendo comparar mi dolor con el tuyo o con el de tu madre. Sé que no tienen nada que ver, pero su muerte me persigue todavía. Me siento fatal por lo ocurrido aquella noche —su voz se quiebra, la emoción a flor de piel—. No fue culpa mía, de verdad que no lo fue, Sarah, pero cada día utilizo ese recuerdo para esforzarme en ser mejor cirujana. Es mi manera de rendir homenaje a tu hermano.

Se echa hacia atrás en el asiento y sus ojos se llenan de lágrimas. Las palabras no salen de mi garganta, lo intento, pero ni siquiera sé qué decir. Mi madre la ha descrito siempre como una persona insensible y fría, una especie de sociópata a la que no le importa el sufrimiento de los demás. Ahora se muestra ante mí vulnerable, sollozando mientras recuerda la muerte de Jason y ya no sé qué pensar.

—Hubiese llegado a ser un gran médico —repite—. Se preocupaba de verdad por los pacientes. No solo por su salud, también por sus vidas. A veces, cuando te miro, veo una parte de Jason en ti —confiesa y ahora soy yo la que tiene que limpiar las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

Arruga las cejas para volver a hablar cuando una enfermera abre la puerta de golpe.

—Doctora Stone, código rojo en el quirófano tres —anuncia a voz en grito.

Esboza una sonrisa torpe y asiente con la cabeza.

—De vuelta al trabajo, supongo —expone antes de seguir a la enfermera fuera de la sala.

Me balanceo sobre las patas de atrás de la silla y de pronto, es como si me hubiesen quitado del pecho un peso enorme. Como si las pocas palabras que hemos compartido fuesen pequeñas criaturas mágicas capaces de llevarse un trozo de mi dolor.

La principal dificultad de mi trabajo no estaba siendo las largas horas, ni los innumerables datos que debemos memorizar. Lo difícil era la agotadora danza diaria de evitar a la doctora Jackie Stone y a nuestro pasado en común. Cada vez que interactuábamos de algún modo, me ponía tensa y me cargaba de

ansiedad. Ahora, siento que alguno de los fantasmas que me perseguían se han disipado.

Yo tan solo tenía dieciocho años cuando todo aquello ocurrió. La única referencia que tengo es la transmitida por mi madre. En el juicio por negligencia médica la describió como una inútil insensible. No solo eso, como una sociópata, el equivalente al peor de los villanos. Supongo que es más fácil culpar a alguien que aceptar la fría y dura verdad. A veces, la vida es una jodida ruleta de caos y simplemente, un día te toca.

Y empiezo a creer que la doctora Jackie Stone no se parece en nada a la mujer malvada que describe mi madre. No solo es una excelente cirujana, reconocida en todo el país, sino una persona que parece preocuparse por sus pacientes en un modo sincero. Y me quedo más tranquila. Imagino que el mundo está mejor con un villano menos.

***

Antes de que me quiera dar cuenta, suena la alarma de mi teléfono móvil y debo regresar a las rondas de consultas rutinarias. Esta vez, para mi desgracia, me toca con Eric, mientras que Lauren lo hace con la enfermera Davis. Y si los comentarios sarcásticos y despectivos fuesen un deporte olímpico, estoy más que segura de que Eric sería medalla de oro.

Nuestro último paciente es Sumanth Bhattacharya, un chico de quince años que ha tenido complicaciones con una separación laringotraqueal.

—Sigues con mucho dolor de garganta, ¿verdad? —le pregunto con mi mejor sonrisa.

Georgia nos dejó apuntado en las notas que todavía sentía muchas molestias, aunque estaba recuperándose bien.

—Sí —responde, su voz rasgada es un susurro bajo.

—¿Quieres que te aumentemos la medicación para el dolor?

Asiente con la cabeza y decido aumentar la dosis.

—Eric, por favor, ¿podrías ir a por la medicación?

Ni siquiera lo he pensado, pero ya que somos dos y que ninguna enfermera nos acompaña en esta visita, me parece lo más práctico que Eric les pida el medicamento a las enfermeras mientras yo me quedo comprobando las constantes.

A mi compañero no creo que le haya parecido tan buena idea porque frunce el ceño y menea la cabeza como si le hubiese pedido que se tirase por un precipicio.

—¿Me puedes decir cuánto te duele en una escala del uno al diez? —pregunto.

—Apenas puedo hablar —susurra. Y la verdad es que no le culpo, porque su garganta todavía parece haber pasado por una

trituradora.

—¿Si te doy papel y lápiz escribirías tus respuestas? Es importante que nos podamos comunicar para un mejor diagnóstico —le explico, esperando que su conducta antisocial se deba al dolor y no a que sea algún pariente lejano de Eric nacido en la India.

Asiente lentamente con la cabeza, así que descarto la segunda opción con un suspiro de alivio. Justo en ese instante, Eric entra en la habitación y le entrega una pastilla de mala gana.

—¿Y el agua?

—Joder, ¿también debo traer agua? —protesta mi compañero.

—Iré a por ella —me ofrezco para no montar una escena delante del paciente que nos mira con los ojos muy abiertos.

Tras tomar nota de todos los síntomas y abandonar la habitación del chico, observo que Eric parece contrariado.

—¿Ocurre algo?

—Sabes que podrías haber hecho que una enfermera le llevase la medicación, ¿verdad? —espeta chasqueando la lengua y poniendo los ojos en blanco.

—Están siempre muy ocupadas y nosotros éramos dos —le explico.

—¿Entonces por qué no has ido tú a por la medicación? Hemos estudiado medicina, no enfermería —añade con aire prepotente.

—El trabajo de las enfermeras es igual de importante que el nuestro, Eric. No somos seres superiores por tener el título de medicina. No te va a salir ningún sarpullido por ir a buscar la medicación de un paciente, no te preocupes —agrego con una mueca de disgusto.

—Todo esto es una pérdida de tiempo —masculla—. Yo voy a ser cirujano.

—¿En serio? ¿Para qué has estudiado una carrera que requiere que te preocupes por la gente cuando te importan una mierda las personas, Eric?

Mientras discutimos, Lauren y Georgia terminan sus rondas de visitas y deciden unirse a la diversión.

—Las enfermeras estamos sobrecargadas de trabajo. Debemos apoyarnos entre todos. De momento, eres un novato y tendrás que hacer lo que te manden —indica Georgia, que empieza a aprovechar cada ocasión para tratar de incomodar al idiota de Eric.

—Sobrecargadas, nosotros hemos trabajado setenta horas esta semana entre prácticas y sesiones de estudio —protesta.

—Somos internos, debemos aprender, es parte del proceso —matiza Lauren—. Además, no se trata de una competición para

ver quién trabaja más. En todo caso, eso debería hacer que quisieras ayudar.

—Vale, vosotras dos podéis ser amigas de las enfermeras y hacer su trabajo por ellas. Yo me limitaré a mi trabajo de doctor y ahora me voy a tomar un descanso —finaliza.

Y con esas palabras, gira sobre sus talones y se aleja por el largo pasillo mirando la pantalla de su teléfono móvil.

—Es un puto gilipollas —susurra Lauren meneando la cabeza.

—¡Guau! Ya tienes que estar enfadada con él —admite Georgia.

Mi alegría inicial tras la conversación con la doctora Stone se transforma en pesadumbre gracias a la ronda de visitas con Eric. Siempre pensé que para ser un buen médico debías tener un interés real por mejorar la vida de las personas. Eric proviene de una larga estirpe de médicos, según él, desde el año 1815. Su padre es un cirujano famoso que gana mucho dinero y, en cambio, empieza a parecerme más un psicópata que un doctor.

Capítulo 6

Jackie Stone

Entro en el despacho del doctor Lee, empujando la pesada puerta de madera que probablemente fue construida en una época en la que los dinosaurios reinaban sobre la tierra.

—Adelante, Jackie —exclama, haciéndome una seña para que me siente frente a él—. No pareces muy entusiasmada —añade.

Como para estarlo. Odio la evaluación de los internos. Entiendo que es un proceso necesario, pero preferiría pasar la siguiente hora en un quirófano y no discutiendo con el doctor Lee los progresos de los tres novatos.

—¿Qué tal lo llevan?

—Lauren Soler y Sarah Taylor muy bien. Eric Pabst, digamos que presenta algunas complicaciones en el trato con las personas, por decirlo de una manera suave y educada.

El doctor Lee alza las cejas ante mi comentario y me dedica una sonrisa irónica. Llevamos trabajando juntos el tiempo suficiente como para poder ser totalmente sincera con él.

—Es el hijo de Roger Pabst, ¿verdad? —pregunta, intentando parecer despreocupado sin conseguirlo.

—El mismo—confirmo—. Se apoya demasiado en la reputación de su padre para protegerse. Cree que puede salirse con la suya siendo un jodido imbécil gracias al nepotismo.

—Y posiblemente pueda. ¿Algún comentario positivo sobre él?

Me encojo de hombros y rebusco en mi cabeza algo remotamente agradable que decir de Eric sin mucho éxito.

—Supongo que es entusiasta —concedo—. Sin embargo, parece estar demasiado impaciente. Es como si quisiera saltar directamente a ser un cirujano de prestigio, sin antes hacer el trabajo necesario para conseguirlo. No está dispuesto a hacer nada de lo que él considera una pérdida de tiempo, aunque a la larga le ayude a ser un mejor médico.

—No le envidio por tener el padre que tiene —masculla el doctor Lee.

—¿No es una especie de virtuoso de la cirugía plástica?

—Virtuoso suele aplicarse a las artes —responde con un atisbo de sonrisa.

—¿Quién dice que la cirugía no es un arte?

—Debí esperar ese tipo de respuesta de ti —bromea—. Es un buen cirujano plástico, pero le conocí cuando era un interno hace

ya unos cuantos años. Eric ha heredado su gilipollez.

—¿Acabas de decir una palabrota? —pregunto llevándome una mano al pecho en señal de sorpresa.

—Era insoportable. Dime, ¿qué opinas de Lauren Soler?

—Es todo lo contrario a Eric —apunto, reclinándome sobre la silla y adoptando una actitud pensativa—. Observa los pequeños detalles, los hábitos de la gente. Aprende de sus errores, nunca los repite dos veces. Es muy callada…

—Tú también lo eras. En cierto modo lo sigues siendo. El silencio no es intrínsecamente malo.

—Cierto —admito—. En cualquier caso, debe trabajar en la confianza en sí misma. Es importante que los pacientes no tengan dudas.

—¿Y Sarah Taylor? —pregunta finalmente.

No puedo evitar que se me escape una sonrisa.

—Está muy preparada. Se preocupa de verdad por sus pacientes e intenta hacer lo mejor para ellos. Es…

Me detengo antes de seguir hablando. Sarah es tan… Sarah. No solo será una doctora estupenda, sino que es el tipo de persona que te abrazaría cuando te despiertas de una pesadilla o te consolaría si has tenido un mal día. También es… joder, es preciosa. Mierda, ¿por qué me viene eso a la mente?

Por fortuna, el doctor Lee es ajeno a mis pensamientos y se apoya sobre la mesa con los dedos entrelazados.

—Parece que a todos les va bastante bien. ¿Crees que están preparados para entrar en el quirófano en una operación complicada? —pregunta mirándome por encima de las gafas.

—Pienso que hasta Eric estaría preparado —respondo con un toque de ironía.

***

Arya se coloca a mi lado en cuanto entro en la cafetería a por un café bien cargado. No hay manera de escapar de ella cuando se lo propone.

—¿Cómo van las cosas con tu interna favorita? Debe ser muy raro que los fantasmas del pasado persigan todos tus movimientos. Seguro que te trae muchos recuerdos —bromea alzando las cejas.

—Eso que acabas de decir es un poco macabro, ¿eres consciente de ello?

—Muy macabro, lo sé. Dime, en serio, ¿cómo te va con ella?

—Será una gran doctora —respondo sin querer dar más detalles.

—No seas capulla —susurra cogiéndome del brazo para obligarme a detenerme—. No me vengas con gilipolleces, joder,

Jackie. Esto tiene que estar jodiéndote la cabeza y sabes que puedes hablar conmigo.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué casi cada noche tengo pesadillas con su hermano ensangrentado en una camilla? ¿Qué cada vez que la miro me recuerda a esa jodida cirugía? Tener a la hermana de Jason Taylor como interna es una horrible broma del destino —protesto.

—Eres una gran cirujana. Todos lo sabemos. A mí también se me han muerto pacientes. Unos cuantos. Te gano por mucho.

—Eres cirujana cardiaca. Haces cirugías a corazón abierto, normal que se te mueran más pacientes que a mí. Además, Jason era mi amigo.

—¿Has hablado ya con ella? —inquiere, llevándome hacia una de las mesas.

—Un poco.

—¿Y?

—Fue Sarah quien inició la conversación —admito, dejando escapar un largo suspiro—. Traté de explicarle que no había sido culpa mía, que los traumatismos de su hermano eran demasiado graves y…

—¿Lo entendió?

—Creo que sí. No lo sé. Me llamaron para un código rojo y tuvimos que cortar la conversación.

—La muerte de ese chico fue trágica, pero no se debió a ningún error por tu parte —repite Arya, colocando las manos en mis hombros—. Deja ya de culparte por ello.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —confieso—. Pero lo intentaré, te lo prometo.

—Por cierto, Patricia va a preparar una barbacoa este sábado. ¿Te apetece venir?

—Tu mujer prepara las mejores hamburguesas —admito encogiéndome de hombros.

—Te olvidas de mis costillas garam masala —añade.

—Prefiero que no me recuerdes la última vez que comí las especialidades de tu país de origen.

—Es verdad, te entró cagalera. Joder, ya no me acordaba —bromea llevándose las manos a la cabeza.

—Dilo más alto, que no te ha escuchado nadie —me quejo.

—Pero esto es distinto. Aquel plato era demasiado picante para ti. A Inés le pasó lo mismo.

—Fue la última vez que vimos a su mujer con vida —recuerdo bajando la voz—. ¿Cómo lo lleva la doctora Torres?

—Regular. No es de extrañar. Si me quedo sin Patricia no sé cómo podría continuar con mi vida. Se refugia en el trabajo, pero

ha pasado ya casi un año. Bueno, vamos a hablar de cosas más divertidas —propone—. Vaya conversación de mierda para un café.

La sonrisa que se dibuja en su boca no presagia nada bueno. Tan solo la pone cuando está a punto de contar otra de sus infames historias de quirófano.

—¿Me vas a contar por qué sonríes? —pregunto arqueando una ceja.

—Te va a encantar.

—Lo sé.

—¿Sabes lo que les hice a los tres novatos de mi rotación? Les metí en el quirófano conmigo esta mañana diciendo que íbamos a hacer una operación de apendicitis y…

—Por favor, Arya, dime que no… —le interrumpo.

—Es por su bien, tienen que estar preparados para todo. Tendrías que ver sus caritas cuando en vez de una apendicitis se encuentran con una operación a corazón abierto. A uno de ellos tuvieron que sacarle del quirófano a vomitar cuando rompimos el esternón —bromea Arya en pleno ataque de risa.

—Uno de estos días una de esas caritas te va a demandar por comportamiento inadecuado en el quirófano —le advierto sin poder parar de reír.

—Joder, capulla, solo estaban para observar, ni se me ocurriría que se acercasen al paciente —protesta.

Me llevo las manos a la cabeza. Arya tiene buenas intenciones, aunque sus métodos de aprendizaje son un tanto cuestionables. Eso sí, sus rotaciones son las preferidas de los internos… una vez que finalizan, claro.

—Eh, ya sabes que considero su educación como un reto personal. Y mis historias te alegran el día. Lo que pasa es que estás celosa de que mis internos tienen más aventuras que contar que los tuyos —añade con un guiño de ojo.

Capítulo 7

Sarah Taylor

Muerdo el interior de mi labio con fuerza mientras observamos a la doctora Stone realizar una traqueotomía sobre uno de los pacientes que ha llegado esta semana al hospital.

Le ingresaron con fiebre alta. Presentaba también mareos, dolor muscular y de cabeza. Sin embargo, la fiebre no remitía con el tratamiento habitual y esta mañana se desmayó de pronto, con graves dificultades para respirar.

—Ha tenido que estar a punto de morir para que se dieran cuenta de que necesitaba una traqueotomía —murmura Eric entre dientes, haciendo su típica mueca de desdén.

Le fulmino con la mirada mientras sacudo la cabeza. Llevamos un mes como internos y cuestiona constantemente cualquier decisión médica.

—Estoy segura de que tú lo hubieses hecho mucho mejor —protesto.

—En la clínica de mi familia lo habrían detectado mucho antes —espeta.

—La clínica de tu familia es de cirugía estética. Hacéis rinoplastias y liposucciones —le recuerdo.

Por suerte, antes de que pueda responder, nuestra mentora acaba con la operación y se dispone a darnos algunas explicaciones sobre el procedimiento. No me apetecía nada ponerme a discutir con Eric en medio de un quirófano sobre si la clínica de su padre tiene mejores médicos que este hospital.

—Te juro que no le aguanto —me quejo, dejándome caer en una de las sillas de la sala de descanso.

—Es un mierdecilla insufrible —añade Lauren.

—¿Cómo pretende ir así por la vida?

—Se me ocurren varias razones. El dinero de su familia, su propia clínica, su padre en el consejo de administración de este hospital…

—Seguro que también salía con la hija del director de su instituto privado —ironizo, llevándome una mano a la frente.

—Siempre habrá tipos como él —me recuerda Lauren—. Lo mejor es que le ignores y te centres en las cosas importantes.

—No es tan fácil —confieso—. Eric me da muy malas vibraciones. Su ego es demasiado grande y nos ve como a su enemigo. Me preocupa que anteponga su orgullo al cuidado de un

paciente. O que meta la pata y me eche a mí la culpa cuando trabajamos por parejas.

—Al menos tú cuentas con el apoyo de la doctora Stone —suelta de golpe.

Casi me atraganto con mi sándwich de pollo al escuchar sus palabras. Me aclaro la garganta y bebo apresuradamente un trago de agua antes de responder. Trato de mantener la calma, aunque estoy segura de que se me ha puesto roja hasta la punta de las orejas.

—No sé a qué te refieres —respondo, intentando que no se me quiebre la voz.

—Sarah…

—En serio, no tengo ni idea de lo que quieres decir —insisto.

Lauren me mira, ladea la cabeza y arquea una ceja antes de responder.

—Veo cómo os miráis.

—¿Qué?

—Puede que hable poco, pero me gusta observar los pequeños detalles. Al principio estabas muy tensa con ella. Ahora hasta te pones colorada cuando te habla. Ella se derrite cuando sonríes. No sé, es un poco raro, pero bueno —añade, pegándome un pequeño golpe cariñoso en el brazo.

—Yo…no…de verdad…

—No pasa nada —interrumpe con una sonrisa—. Ambas sois mayores de edad, pero está claro que últimamente, cada vez que os miráis saltan corazoncitos de vuestros ojos. Tenéis muchísima química —añade.

—Hablando de química, ¿sabes que yo quería ser profesora de infantil? Me encantan los niños, con ellos sí que tengo química —corto en un ridículo intento de cambiar de conversación, aunque creo que ha quedado patético a juzgar por la cara que Lauren ha puesto.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —pregunta con una sonrisa irónica en los labios.

Dudo por unos instantes. No me apetece mucho hablar de la muerte de mi hermano con nadie, pero Lauren es una de esas personas con las que no te cuesta desnudar tu corazón.

—Supongo que… tras la muerte de Jason, decidí de alguna manera asumir su papel. No sé, no sabría explicarlo. Algo dentro de mí me dijo en aquel momento que debía estudiar medicina —explico.

Lauren levanta la vista de su plato de espagueti y me mira con los ojos muy abiertos.

—Lo siento. ¿Estudiaba medicina?

—Era médico. Estaba en su segundo año como residente en este hospital cuando falleció —respondo con un suspiro.

—¿Así que has venido aquí por él? —pregunta con la boca abierta, aunque afortunadamente sin rastro de espagueti en ella.

—Supongo que sí —confieso encogiéndome de hombros.

Nos quedamos en silencio. Por algún motivo que desconozco, hablar con Lauren sobre Jason me ha dejado más relajada, como si me hubiese ayudado a quitar un peso de encima. Imagino que la memoria de mi hermano es una pequeña losa que debo ir descargando poco a poco para que mi vida sea más completa.

—Es como si estuvieses continuando su legado. ¡Qué fuerte! —apunta de pronto—. Y quizá encuentres el amor en el proceso —agrega con un ligero codazo y un guiño de ojo.

—Eres boba —exclamo poniendo los ojos en blanco.

—¿Te arrepientes alguna vez de haber venido a este hospital? —pregunta suavizando el tono.

—No lo sé. Supongo que a veces sí. Es todo demasiado intenso y cada vez que piso un quirófano mis manos tiemblan. No puedo soportarlo —reconozco.

—Hasta ahora no hemos hecho nada, tan solo observamos.

—Mi hermano Jason… murió aquí… en un quirófano —suspiro.

Los ojos de Lauren se abren de par en par y su mandíbula cuelga como si fuese uno de esos personajes de dibujos animados.

—¡Joder! —es todo lo que consigue decir.

—Cuando llegué, quise especializarme en cirugía, porque es en lo que mi hermano se había especializado. Ahora no tengo claro que sea lo mío. Muchas veces me pregunto si elegir ese campo sería un desperdicio. Yo nunca seré Jason. Todo el mundo lo sabe. Sobre todo, yo.

De pronto, Lauren se levanta de la silla, se acerca a mí y me envuelve en un largo abrazo. Al principio, mi cuerpo se tensa, pero pronto me dejo llevar y me relajo. Es uno de esos abrazos que consiguen que las penas se olviden, uno de esos que gritan "estaré aquí siempre que me necesites. Sin juzgarte. Siempre".

—No tienes por qué parecerte a tu hermano. Lo sabes, ¿verdad? —susurra besando mi cabeza.

Tan solo puedo asentir y dejar que las lágrimas se escapen de mis ojos mientras Lauren me aprieta contra su pecho y peina mi pelo entre sus dedos.

—Encuentra tu camino, Sarah. Comete tus propios errores y aprende de ellos, pero sigue tu camino y no el de tu hermano, ¿vale? ¿Qué especialidad te gusta más?

—Supongo que pediatría —confieso—. Es que me encantan los

niños.

—Te pega mucho ser pediatra —concede—. Y ahora me voy a separar, porque no quiero que la doctora Stone me coja manía si entra y me pilla tan pegadita a ti —bromea con un nuevo beso en mi sien.

Capítulo 8

Jackie Stone

Camino a grandes zancadas por uno de los pasillos del hospital acunando a un enorme gato de peluche entre los brazos. La gente me mira como si fuese un bicho raro, pero no me importa.

La señora Rodríguez lleva demasiado tiempo encerrada en este lugar y lo está pasando muy mal. Hace tres días, tuve que responder a un mensaje en mi teléfono móvil y vio una foto de Monkey, mi gato. Fue amor a primera vista. Desde entonces, me ha estado pidiendo que le grabe vídeos o le haga fotos para enseñárselas en mis rondas de visitas. Cuando vi en un escaparate un gato de peluche casi igual que Monkey, no pude resistirme a comprárselo.

Me encantaría poder traer al gato para que lo pudiese acariciar, pero estoy más que segura de que el hospital tiene una estricta política con respecto a las mascotas. En su defecto, espero que el peluche le alegre el día. Ya le he prometido que en cuanto salga de aquí la llevaré a ver a Monkey.

Entro en piloto automático en su habitación, pero en cuanto doy dos pasos, se me cae el alma a los pies. La cama está vacía, las máquinas en silencio, la única señal de vida es un ramo de flores casi marchitas en el alfeizar de la ventana que aún no han recogido.

Se me acelera el pulso y siento una opresión en el pecho como si alguien se hubiese sentado sobre él. Sé muy bien que tan solo hay una razón para que la habitación se encuentre así; su estado ha debido empeorar. De manera notable. Dramática. Solo pensar en esa posibilidad es como si me diesen un puñetazo en el estómago que me roba el aliento.

Mentiría si dijese que no siento una debilidad especial por la señora Rodríguez. Tiene un peculiar sentido del humor que hace sonreír hasta a la más huraña de las enfermeras. Y la forma en la que habla de sus nietos… sus ojos brillando de orgullo. Mierda, no me puedo creer que esto esté ocurriendo de verdad.

Es una luchadora, pensé que vencería a su enfermedad. Creí que saldría del hospital dispuesta a conquistar el mundo y a mimar a sus nietos durante muchos años. Tenía una determinación casi feroz, como la de los vampiros esos de las novelas que devoraba.

De pie en la vacía habitación me invade una oleada de

culpabilidad. Ayer no vine a visitarla. Sé que no hubiese cambiado nada, pero no estuve con ella. Intento acallar esa voz, aunque no puedo deshacerme de la sensación de que, de algún modo, la he defraudado.

Me apoyo en la pared, abrumada de pronto por una enorme sensación de impotencia. No es la primera vez que uno de mis pacientes empeora. Tampoco será la última… pero la señora Rodríguez… No es justo. No se merecía esto. Es cruel e implacable que un ser tan lleno de amor y vida se apague de este modo.

Y su risa regresa a mi memoria. Casi puedo escuchar su voz, sus comentarios sarcásticos. Sus novelas de vampiros, como si fuese una adolescente. Si estuviera aquí me diría que hay otros pacientes que me necesitan, otras vidas que salvar. Que me comporte como una mujer adulta y regrese a mi trabajo, porque eso es lo que hacen los médicos.

—Doctora Stone —susurra Emma, una de las enfermeras—. La han trasladado a la unidad de cuidados intensivos. Sus niveles de oxígeno han bajado de manera dramática y han tenido que intubarla. Su familia viene de camino—añade.

—Gracias. Emma —susurro, desviando la mirada hacia la pared para que no vea las lágrimas que se forman en mis ojos.

Salgo de la habitación en dirección a mi despacho y por el camino encuentro una de las salas de almacén. Me siento a oscuras en el suelo y aprieto el gato de peluche contra mi pecho, dejando que las lágrimas rueden libremente por mis mejillas. Dejo escapar una sonrisa irónica, de desesperación, devastadora. A veces, la vida es una mierda y yo busco consuelo abrazando un gato de peluche. Si la señora Rodríguez estuviese aquí se reiría de mí. Nada puede ser más patético que una doctora encerrada con un gato de peluche en un cuarto de suministros.

Siempre nos dicen que, aunque hagamos todo lo posible por empatizar con los pacientes, debemos mantener una cierta distancia. Es una línea muy fina que nos permite mantener el juicio frío, pero, a veces, personas como la señora Rodríguez se cuelan entre mis defensas. Y aquí estoy, empapando de lágrimas el pelaje de un gato de peluche al que no le hemos llegado a poner un nombre.

Y ni siquiera consigo llorar en paz, porque la puerta se abre y la claridad regresa en cuanto alguien enciende las luces. Tiro al suelo el peluche, que resbala hasta colarse debajo de una de las estanterías. Me agacho, pretendiendo que busco una caja de gasas, intentando no levantar la cara para que no se noten mis ojos hinchados.

—¿Doctora Stone?

Genial, Sarah, justo lo que necesitaba.

—¿Estás bien? —pregunta sorprendida.

—Perfectamente, ¿qué haces aquí? —inquiero sin levantar la mirada.

—Georgia me mandó coger dos cajas de guantes de látex. Jackie, ¿seguro que estás bien? —insiste, acercándose a mí para acariciar mi espalda con suavidad. Es la primera vez que me llama Jackie.

Ahora tan solo necesito una excusa que suene medianamente creíble para explicar por qué estaba encerrada en un almacén de suministros, llorando a oscuras con un gato de peluche.

—¿Jackie?

Y mi mente se niega a encontrar esa excusa que salve mi dignidad, quizá porque está demasiado ocupada recordando cómo respirar sin sollozar.

—Jackie, ¿estás llorando? —pregunta con miedo.

—Yo… no —respondo como haría una niña de seis años con demasiado orgullo.

Sarah no dice nada. En lugar de eso, se pega a mí, me rodea con sus brazos y me envuelve en el abrazo más maravilloso que recuerdo. Uno de esos abrazos que te hacen sentir que el mundo no es un lugar tan terrible, de esos que consiguen que las penas se esfumen como por arte de magia.

Aprieta mi cuerpo contra el suyo y limpia mis lágrimas con el reverso de la mano antes de besar mi frente. De pronto, me doy cuenta de que empiezo a sentir algo más que consuelo, como si algo en ella hubiese tocado mis terminaciones nerviosas y acelerado mi corazón. Mentiría si dijese que no me he dado cuenta de lo atractiva que es, pero es la primera vez que siento algo tan intenso junto a ella.

Intento centrarme en el abrazo, en la forma en que calma mi ansiedad, pero mi estúpido cerebro prefiere detenerse en sus caricias en mi espalda o en la suavidad de la piel de su cuello. Es como si fuese el encuentro romántico menos apropiado de este mundo, pero contengo la respiración, temiendo estropear la magia del momento.

Y entonces, Sarah se separa lo suficiente como para mirarme a los ojos y el aire entre nosotras crepita de tensión. Es como si nos encontrásemos al borde de un precipicio, tambaleándonos entre la amistad y algo más profundo.

—¿Estás mejor?

Me gustaría decirle que no estoy segura, pero no sé cómo explicarle que ese abrazo me ha hecho sentir cosas que no debería

estar sintiendo. Bajo ninguna circunstancia. Así que le digo lo primero que me viene a la mente sin necesidad de mentir.

—Gracias, Sarah. Necesitaba ese abrazo —susurro.

Sonríe, y es como si un rayo de sol se asomase entre las nubes en un día nublado.

—Avísame cuando necesites otro abrazo —añade con un guiño de ojo antes de salir del cuarto de suministros con sus cajas de guantes de látex.

Capítulo 9

Sarah Taylor

Llamo a la puerta de manera tímida, casi con miedo. La abro y ahí está Jackie, sentada en su mesa, rodeada de infinidad de papeles desordenados.

—Sarah, ¿necesitas algo? —inquiere levantando la vista.

—Me preguntaba si esto es tuyo —indico, agitando el gato de peluche en el aire como si fuese una bandera.

Jackie duda unos instantes. Me observa, abre la boca y vuelve a cerrarla, hasta que por fin se decide a hablar.

—Sí, es mío. ¿Lo has encontrado en el almacén de suministros?

—Se había quedado bajo una de las estanterías —le explico.

Deja escapar un largo suspiro, se muerde pensativa el labio inferior y alza las cejas como si le costase un gran esfuerzo seguir hablando.

—Escucha, Sarah. No es que me suela encerrar a oscuras en los almacenes de suministro a llorar con un gato de peluche. Realmente…

—No tienes que darme ninguna explicación, de verdad —me apresuro a añadir en vista de lo que le está costando comunicarse.

—Es que quiero hacerlo —interrumpe—. Lo compré para la señora Rodríguez, se parece un poco al gato que tengo en casa y siempre me pide que le haga fotos y… Bueno, el caso es que cuando iba a dárselo me encontré la habitación vacía. La habían trasladado a la unidad de cuidados intensivos y no creo que salga de aquí con vida —agrega con un gesto de dolor.

—Sé que estabas bastante unida a esa mujer. Lo siento —le aseguro.

—No pude evitarlo. Me encerré a llorar en el almacén de suministros. Entiendo que quizá no lo veas como algo muy profesional. Quizá la imagen que tenías de mí se ha ido a la mierda, pero necesitaba desahogarme —expone, levantándose de la mesa para acercarse a mí.

—La imagen que tenía de ti ha mejorado mucho —indico sin ser consciente de mis propias palabras.

De pronto, nos envuelve un cómodo silencio y me encuentro estudiando su rostro. Observando la curva de sus labios, las pequeñas pecas en su nariz, la hermosa profundidad azul de sus ojos.

Sin pensarlo, estiro el brazo, acariciando con la punta de los

dedos el reverso de su mano. Jackie levanta la vista sorprendida e instintivamente, gira la mano, invitándome a entrelazar nuestros dedos.

Aprieto su mano, acercándome hasta que nuestros cuerpos se rozan. Observo el deseo en sus ojos y no puedo reprimir acariciar su costado con mi mano izquierda. Su respiración se acelera, cierra un momento los ojos, abre ligeramente sus labios, pero cuando me inclino para besarla, coloca una mano sobre mi pecho manteniendo la distancia.

—Esto es completamente inadecuado, Sarah —explica—. Necesito que salgas ahora mismo de mi despacho, por favor.

Me llevo una mano a la cabeza, recorriendo nerviosa mi melena. Joder, no sé qué estaba pensando, he estado a punto de besar a mi mentora dentro del hospital.

—Por favor, Sarah. Sal ahora mismo del despacho —insiste.

—Lo siento mucho, de verdad —me disculpo—. No sé lo que me ha ocurrido. Lo lamento, doctora Stone.

Abandono el despacho a la carrera, nerviosa, temblando. Deambulo por los pasillos hasta llegar a la azotea del hospital y grito. Grito con todo mi ser, como si eso pudiese aliviarme. Es un grito atronador, desesperado. Un grito que me estremece.

—No vas a saltar al vacío, ¿verdad, mierdecilla? —escucho de pronto.

—Doctora Kumari, perdón. Supuse que no había nadie. Yo…

—No pasa nada. Suelo venir a la azotea de vez en cuando. Me recuerda a mi hospital de Los Ángeles. ¿Sabes? Cuando la doctora Wilson tenía un mal día, siempre me la encontraba en la azotea. Echo de menos nuestras largas charlas.

—¿La directora de oncología del Collins Memorial?

—La misma. Así que si ella puede hacerlo, tú también puedes. Ah, lo de mierdecilla te lo he dicho en modo cariñoso. No te vayas a quejar a Recursos Humanos ni nada de eso, que en este hospital son un poco paranoicos —añade.

Asiento con la cabeza sin tener muy claro qué responder. Su presencia aquí me incomoda. Es la mejor amiga de Jackie en este hospital y eso me hace sentir aún más culpable, así que me disculpo y abandono precipitadamente la azotea ante la sorpresa de la doctora Kumari, que me observa extrañada.

Nada más regresar a la planta de cirugía, observo a Lauren entrando en la sala de descanso y la sigo nerviosa. Necesito contárselo a alguien o temo que mi cabeza va a estallar y Lauren es la única persona en la que confío plenamente en este hospital.

—Necesito hablar contigo —anuncio, cerrando nerviosa la puerta tras nosotras.

—Joder, ¿estás bien?
—Es mejor que te sientes.
—Me estás asustando, ¿lo sabes?
—He estado a punto de besar a Jackie —suelto sin más preámbulos.
Lauren abre la boca y me mira como si me hubiese salido una segunda cabeza. No la culpo.
—¿Jackie? ¿La doctora Stone?
—Sí.
—Es…es nuestra jefa —me recuerda.
—Lo sé.
—Supongo que no te has leído los protocolos internos que nos entregó el doctor Lee el primer día. Está completamente prohibido cualquier relación entre un interno y su supervisor para evitar posibles tratos de favor. Y cuando digo totalmente prohibido es en plan… a lo bestia de prohibido. Lo entiendes, ¿no? Prohibido que te cagas. Es decir, que os podéis ir las dos fuera del hospital si os pillan.
—Ya lo sé, Lauren —respondo con un bufido.
—Pues eres gilipollas, entonces.
—No sé qué ocurrió. De verdad —confieso.
—¿Qué hizo ella?
—Me detuvo. Pero, Lauren. Te juro que vi el deseo en sus ojos, si llegamos a estar en otro sitio no sé qué hubiese pasado —le explico.
—¿Puedo preguntar dónde estabais?
—En su despacho.
—Joder, ¡tú estás loca! —exclama llevándose ambas manos a la cabeza—. ¿En su despacho?
—No me pongas más nerviosa. La próxima vez que la vea no voy a saber dónde esconderme —le aseguro.
—Ni ella tampoco. A ver, está claro que hay química entre vosotras, pero jugarse el futuro por un polvo. No sé, ya tendría que ser buena la doctora Stone…
—Eres gilipollas, joder, esto es muy serio —protesto.
—No pasó nada. Solo estuviste a punto y no lo vio nadie. Ella misma se encargará de marcar las distancias, pero por si acaso estaré pendiente, si veo que le pones ojitos a la jefa te doy un codazo en las costillas.
—Pero fuerte —bromeo.
—Muy fuerte.

Capítulo 10

Sarah Taylor

Por suerte, no debo coincidir con Jackie durante un par de días. Mi mente consigue calmarse, imaginando inútilmente que la doctora Stone se olvidará de mi intento suicida de besarla en su despacho.

Y mientras tanto, aquí estamos los tres internos de nuestra rotación, reunidos alrededor del señor Acker en la habitación 505, junto a la enfermera Davis.

—Mi esposa murió de una gripe. Creo que pronto me reuniré con ella —concluye encogiéndose de hombros.

—Las pruebas indican que tiene algo un poco más exclusivo, señor Acker, y esperamos tenerle con nosotros muchos más años —añado intentando subirle la moral.

—Tiene una válvula aórtica bicúspide —espeta Eric sin más preámbulos.

Tanto la enfermera Davis como yo le miramos asombradas. Antes de entrar, habíamos acordado que prepararíamos al paciente y le daríamos la noticia poco a poco. Lauren pone los ojos en blanco y menea la cabeza, como diciendo "este tipo es gilipollas o quizá algo peor", sin necesidad de pronunciar una sola palabra.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunta el señor Acker frunciendo el ceño.

—Pues que en vez de tener usted tres cúspides, tiene dos —explica nuestro compañero favorito como si el pobre hombre se fuese a enterar de lo que dice.

—Por eso se fatiga usted tanto, señor Acker —le explico.

—¿Eso es peor o mejor que la gripe? —inquiere, como si quisiera contemplar sus opciones.

—Bueno, todo depende —indica la enfermera Davis—. De momento, digamos que haberlo descubierto, es como si le hubiese tocado la lotería. Esta tarde le harán pruebas adicionales y recibirá la visita de los especialistas del departamento de cardiología. Las doctoras Inés Torres y Arya Kumari le explicarán todo con más detalle.

—¿Debo cambiar esa válvula?

—Como le hemos dicho, depende de lo que decidan las doctoras Torres y Kumari —insisto intentando dibujar en los labios mi mejor sonrisa para que se tranquilice.

—Puede estar seguro de que necesitará cirugía —espeta Eric.

La cara de la enfermera Davis es todo un poema. Sin pruebas adicionales, ni siquiera un cardiólogo podría afirmarlo de manera tan tajante. Eric lo suelta con seguridad, a pesar de que apenas hemos comenzado nuestro primer año como internos.

Pronto, observamos que nuestro paciente empieza a ponerse muy nervioso, cosa que no es de extrañar ante la expectativa de una cirugía cardiaca sin previo aviso.

—Vamos a darle un sedante, ¿está bien, señor Acker? —le pregunto —. Eric, por favor, ¿podrías pedírselo a las enfermeras?

—Que vaya Georgia, que es una de ellas —suelta nuestro compañero con una mueca de desdén, ignorando por completo mi petición.

Lauren abre los ojos como platos ante la respuesta y yo le lanzo una mirada que podría fundir el acero, aunque no le digo nada por el bien de nuestro paciente. La que no es capaz de resistirse es Georgia. La enfermera Davis nos echa a los tres de la habitación del señor Acker, visiblemente enfadada, y ahí se acaba nuestra ronda de visitas de la mañana.

—¿Qué coño haces, Eric? —protesto en cuanto entramos en la sala de descanso—. Joder, ¡qué ganas tengo de llegar a la siguiente rotación para perderte de vista!

—Es nuestra supervisora, deberías mostrar respeto. A este paso conseguirás que nos echen a los tres del programa de internos —agrega Lauren, que se une a la causa.

—Es una enfermera. Las enfermeras están por debajo de los médicos —bufa Eric, deslizando sus dedos por la pantalla del teléfono móvil en un gesto de indiferencia.

—Y dale con eso. Tenemos funciones diferentes. Y nosotros somos internos, a ver si se te mete en la cabeza de una jodida vez —insisto enfadada.

—Que os den a las dos —espeta, levantándose de la mesa y abandonando la sala. Pedazo de gilipollas.

***

Aprovechando que gracias a nuestro compañero tenemos la mañana libre de visitas médicas, decidimos pasarlo de la manera menos glamurosa posible; en la cafetería del hospital. ¿Quién necesita restaurantes de lujo cuando puedes deleitarte con café aguado y sándwiches empapados en grasa?

Pronto, la conversación gira en torno a nuestro tema favorito, porque nada une más a dos personas que un enemigo en común.

—No me puedo creer lo imbécil que es ese tipo, de verdad —me quejo—. Solo porque su padre sea un cirujano famoso, no tiene que pensar automáticamente que él también lo va a ser.

—Es insoportable —concuerda Lauren—. Aunque en el fondo creo que es tan solo inseguridad. Es como un niño grande, no se siente capacitado y lo compensa siendo un gilipollas.

—¿Tú crees? Yo pensaba que trataba de impresionarte para ligar contigo —bromeo—. Quizá es su manera de hacerlo, solo que se le da muy mal.

Los distintos comentarios sobre Eric nos dan para casi una hora de risas, hasta que decidimos regresar a la sala de descanso para ver si Georgia se ha calmado y nos permite hacer una última ronda de visitas.

Justo cuando estoy a punto de entrar, Lauren me coge por el codo y hace una seña para que me detenga. La puerta está entreabierta y allí está Eric, teléfono en mano, su rostro casi pálido mientras habla con alguien.

Se encuentra sentado en el sofá, encorvado, como si estuviese a punto de hacer una prueba para el papel de El jorobado de Notre Dame. Su rodilla rebota como si hubiese metido en el cuerpo demasiada cafeína.

—Sí, lo sé, papá —admite bajando la cabeza.

Cruzo la mirada con Lauren y ella alza las cejas. Sé que no deberíamos quedarnos a escuchar detrás de una puerta como si fuésemos niñas de siete años. Pero es Eric al fin y al cabo. A veces, hasta tengo dudas de que se trate de un ser humano normal y no de algún experimento fallido que la clínica de su familia quiere esconder.

—La semana pasada trabajé casi setenta horas, papá —se queja —. ¿Quieres más? No sé de dónde voy a sacar tiempo para estudiar. No puedo más. Sabes que no tengo buena memoria.

Cierra la boca durante un buen rato y asiente con la cabeza, sin duda escuchando el monólogo de su padre.

—¿Qué le estará diciendo? —pregunta Lauren en voz muy baja, como si fuésemos dos agentes de la CIA y Eric fuese nuestro objetivo.

—Parece una conversación muy tensa —apunto arqueando las cejas.

—Necesito que muevas algunos hilos para que me quiten horas de trabajo, papá. Te juro que no puedo más. No sé cómo lo hacen mis compañeras para seguir adelante, pero yo no puedo —admite, rogando el favor de su padre como si fuese un niño pequeño.

Mientras vuelve a quedarse callado, con miedo de interrumpir la conversación con su padre, siento por primera vez algo parecido a una punzada de compasión.

No podemos escuchar lo que ocurre al otro lado de la línea, pero las palabras de Eric llegan claras y nítidas a nuestros oídos y

es evidente que su padre no tiene ninguna confianza en sus habilidades. Sé que no es excusa para su comportamiento, pero quizá haya un ser humano escondido tras esas odiosas capas de gilipollez. Bueno, puede que eso sea una exageración.

Capítulo 11

Jackie Stone

Al llegar, observo que Sarah ya está sentada en una mesa junto a la ventana. Le he pedido que quedásemos en un café en Brooklyn, alejado del hospital. Me tiembla el pulso al verla. Tras aquel casi beso en mi despacho hace unos días, apenas puedo pensar con claridad en su presencia. Por eso es necesario que hablemos antes de que esta tarde nos adentremos juntas en un quirófano.

—Gracias por acceder a venir, Sarah —agradezco sentándome frente a ella—. Hoy es tu gran día, entrarás a ayudar en el quirófano sin tus dos compañeros.

—¿Va todo bien? —pregunta con miedo.

—Pues… depende —suspiro.

—¿Depende?

—Sí, depende de si podemos evitar que se repita lo que ocurrió en mi despacho hace unos días —indico, alzando las cejas.

Sarah se ruboriza, cierra un momento los ojos y se muerde nerviosa el labio inferior.

—Doctora Stone… yo…

—Puedes llamarme Jackie —interrumpo—. Antes de que sigas hablando quiero que sepas que no te culpo. Todo lo contrario, creo que tengo yo más culpa que tú. Yo soy tu supervisora y no debí permitir que las cosas llegasen tan lejos.

—No pasa nada, yo…

Me froto la nuca, buscando las palabras adecuadas sin encontrarlas.

—La política del hospital es muy clara en ese sentido, Sarah. Cualquier cosa más allá de la amistad con un interno está estrictamente prohibido. Eso se hace para…

—Para evitar posibles tratos de favor o abusos, lo sé —me corta.

—Entonces, ¿entiendes que no puede volver a repetirse? —pregunto inclinándome ligeramente hacia ella.

—Sí —suspira—. Solo dime una cosa.

—¿Qué?

—¿Sentiste algo en ese momento?

—Sarah…

—Solo quiero saber eso. Necesito saberlo, Jackie —insiste, colocando la mano con la palma abierta sobre la mesa.

—Sí, sentí mucho más de lo que debería haber sentido —admito cogiendo su mano—. Pero existen normas muy claras. Quizá si no las hubiera… si las circunstancias fuesen distintas…

No me atrevo a terminar la frase. Trago saliva mientras rozo sus nudillos con el dedo pulgar, mi pulso acelerado.

—Quiero trabajar como médico. No pondré en peligro tu carrera ni la mía, puedes estar tranquila —me asegura, apretando ligeramente mi mano. De pronto, una ligera sonrisa se dibuja en sus labios—. Aunque a veces me lo pones muy difícil, doctora Jacqueline Stone.

—El sentimiento es mutuo, te lo aseguro —confieso, dejando escapar una pequeña carcajada de alivio y apretando su mano antes de soltarla—. Entonces, ¿vamos a continuar como interna y supervisora? ¿Podrás hacerlo?

—¿Podrás hacerlo tú, Jackie? —bromea ladeando la cabeza.

Cierro los ojos y suspiro. El mero sonido de mi nombre en sus labios me hace temblar, pero hay ciertos límites que no estoy dispuesta a cruzar. No importa lo que sienta entre las piernas cada vez que la miro.

—Sarah. Quiero que sepas que eres especial para mí. Lo has sido desde el primer momento, aunque lógicamente, no lo puedo confesar en público. Y estoy segura de que llegarás a ser una doctora excelente, lo tienes todo para serlo —le aseguro.

—Por extender las alas y volar como doctora —exclama alzando su taza de café como si quisiera hacer un brindis.

***

Sarah entra detrás de mí en el quirófano. El doctor Lee ha decidido que los tres internos de la rotación nos acompañen de manera individualizada, para poder dedicar más tiempo a su formación práctica. No puedo evitar esbozar una sonrisa. Incluso vestida con la bata y detrás de su mascarilla azul, me deja sin aliento.

¡Céntrate, Jackie! Estás aquí para operar y enseñar, no para suspirar por algo que no puedes tener, me recuerdo a mí misma.

—Hoy vamos a hacer una apendicectomía sencilla —anuncio, señalando a la paciente que se encuentra ya preparada y dormida en la camilla—. Te guiaré paso a paso. Tu trabajo consiste en observar, ayudar si es necesario y hacer todas las preguntas que se crucen por tu mente. No te dejes ninguna por miedo a distraerme. Estoy acostumbrada —le aseguro.

Sarah asiente lentamente con la cabeza y se coloca junto a mí. Hago la primera incisión, narrando el procedimiento a medida que avanzo.

—Empezamos con una pequeña incisión en esta zona, a través

de la pared abdominal. Observa el peritoneo, esa fina membrana que cortamos para acceder a la cavidad abdominal.

Continúo explicando paso a paso la cirugía. El chirrido húmedo del retractor que mantiene abierta la incisión es ya algo familiar. El aroma a antiséptico enmascara el olor natural del abdomen abierto. Sarah observa sin perder detalle, lanza preguntas de continuo. Se nota que ha preparado la intervención a conciencia, lo que me permite concentrarme mucho mejor en la tarea que tengo entre manos.

—Ya está. El apéndice está libre —expongo—. Ahora tenemos que irrigar, comprobar si hay hemorragia y cerrar. ¿Alguna pregunta?

—Sarah niega con la cabeza.

—Tu turno, vas a cerrar tú los últimos puntos.

—¿Estás… estás segura? —pregunta abriendo mucho los ojos.

—Totalmente segura. Estás preparada —le indico—. Yo te iré guiando. Ve despacio, concéntrate, hazlo como sabes y saldrá estupendamente. Le dejarás una cicatriz muy chula a esta niña para que se la enseñe a sus amigas en el colegio.

Sarah respira hondo y comienza a suturar. La observo trabajar, guiándola cuando es necesario, un extraño sentimiento de orgullo en mi pecho. Tiene un talento natural, sus manos firmes y seguras.

—Y… listo —exclama con un largo suspiro.

Cierra el último punto de sutura y se endereza, mirándome fijamente. Aunque la mascarilla oculta casi todo su rostro salvo los ojos, su mirada lo dice todo. Alegría y asombro. Orgullo y determinación. Satisfacción por el trabajo bien hecho. Conozco bien esa sensación.

—Bien hecho, doctora Taylor.

En este programa nunca les llamamos doctores en su primer año como internos. Supongo que es una de esas estrategias del doctor Lee para que no se les suba a la cabeza. Aun así, en este momento, observando lo orgullosa que está de sus primeros puntos de sutura en un quirófano, me parece adecuado hacerlo. El brillo en sus ojos es algo tan bonito que no se puede expresar con palabras.

—Gracias —susurra en la sala de vestuario—. Por todo. Y, ¿Jackie?

—Dime.

—Da gracias a que te he prometido esta mañana que no ocurriría nada entre nosotras, pero ahora mismo te haría todo lo que tú me pidieses —añade con un guiño de ojo antes de abandonar la sala, dejándome con las piernas temblando.

Capítulo 12

Jackie Stone

Ya está. Se ha ido. Para siempre.

La noticia cae sobre mí como una tonelada de ladrillos. Ya no está. La señora Rodríguez nunca volverá.

Mis ojos se clavan en la cama vacía que había acunado su frágil cuerpo hasta hace un par de días. Sin apenas darme cuenta, clavo la uña de mi dedo índice en el pulgar hasta levantarme la piel. La habían trasladado a la unidad de cuidados intensivos para intentar estabilizarla.

El objetivo era que recibiera los cuidados paliativos en su hogar y pudiese morir en un ambiente íntimo, rodeada de sus seres queridos. Al fin y al cabo, nadie sueña con morir en la UCI de un hospital. Pero la pobre señora Rodríguez nunca llegó a tener esa oportunidad. Su cuerpo hizo lo que pudo por resistir, pero todo tiene un límite.

Me estremezco al pensar en su agonía. El cáncer había sido implacable, extendiendo sus viles garras por todo su cuerpo. Nada pude hacer cuando la operé, suponía que tarde o temprano acabaría ocurriendo, pero nada te prepara para ello. Siempre te aferras a un posible milagro. Mi único consuelo es que los últimos dos días de su vida ha estado tan sedada que apenas se habrá enterado de nada.

—Hola.

El sonido de una suave voz tras de mí interrumpe mi ensoñación. Me seco las lágrimas con el reverso de la mano antes de girarme para ver a Sarah a mi lado.

—¿Cómo estás? —pregunta bajando el tono de voz.

Mi única respuesta es un soplido ahogado mientras ella acaricia mi espalda para consolarme.

—¿Qué ha ocurrido?

—La señora Rodríguez —murmuro entre dientes, sintiendo una punzada de dolor en el pecho.

Sarah se limita a suspirar. Abre los brazos y me envuelve en un tierno abrazo mientras continúa acariciando mi espalda. Y juro que no entiendo lo que tienen los abrazos de esta chica, pero consiguen que el mundo se desvanezca a tu alrededor. Ni siquiera me preocupo de que la puerta está abierta y, seguramente, resulta raro que mi interna me esté abrazando de este modo.

—No me la puedo quitar de la cabeza —sollozo—. Sé que no se

podía hacer nada más, pero le había cogido tanto cariño… sigo pensando en que la he fallado.

—Ni siquiera era tu paciente. Simplemente, le extirpaste un tumor ya muy avanzado y venías a visitarla, pero pertenecía al área de oncología —me recuerda.

—Lo sé. Aun así, no puedo evitarlo —confieso, escondiendo la cara en el hueco de su cuello para continuar llorando.

—Cuando mi hermano Jason falleció, fue como si me hubiesen arrancado un trozo de mí. La devastación que sentí al comprender que se había ido para siempre es indescriptible. Una devastación entrelazada con la ira —explica, y todo mi cuerpo se pone tenso al escuchar el nombre de Jason Taylor.

—Es normal, era tu hermano.

—Aun así, la ira me alimentaba y generó un extraño sentimiento de culpa. Yo tenía tan solo dieciocho años, así que extendí esa culpa a todo el mundo. Contra él por haber perdido el control del coche bajo la lluvia, contra mí, ni siquiera sé por qué. Contra el universo, por haberlo permitido. Contra ti. No te puedes hacer una idea de cuánto llegué a odiarte.

—Lo entiendo —suspiro.

—Supongo que lo que intento decirte es que ese sentimiento no desapareció hasta que comprendí que, en el fondo, no había sido culpa de nadie. Fue un cúmulo de circunstancias, una yuxtaposición de situaciones de mala suerte que se unieron para que Jason falleciese ese día. Me costó años entenderlo. Cuanto antes te recuerdes a ti misma que no se podía hacer nada más por ella, mucho mejor —añade besando mi sien.

—Gracias —susurro.

—La semana pasada, cuando casi nos besamos en tu despacho, subí a la azotea y allí estaba tu amiga Arya. Me explicó que la doctora Wilson, la jefa de oncología del Collins Memorial, solía subir a la azotea a gritar cuando algo salía mal y necesitaba desahogarse. ¿Quieres subir?

Levanto lentamente la cabeza y la observo extrañada, pero lo cierto es que no se me ocurre ninguna idea mejor en este instante. Aun así, trato de protestar, pero Sarah me arrastra hasta la azotea ignorando mis quejas.

—Esto es ridículo, solo quiero irme a casa, Sarah. Ha sido un día muy largo —confieso con un suspiro, apoyándome en la barandilla.

—Por eso necesitas esto. ¡Grita! —ordena—. ¡Grita con todas tus fuerzas!

—Es una tontería —protesto, negando lentamente con la cabeza.

—No lo es. Grita —insiste.

Para mi sorpresa, Sarah pega un fuerte chillido que hace que una bandada de palomas salga disparada en todas las direcciones.

—¿Lo ves? Ahora tú. Únete a mí.

Gritamos las dos a todo pulmón. Menos mal que estamos solas, porque cualquiera que nos viera pensaría que nos hemos vuelto locas.

—¿Cómo te sientes? —inquiere Sarah cuando nos cansamos de pegar chillidos.

—Me sigo sintiendo como una mierda —confieso.

—Eres humana —me recuerda, colocándose detrás de mí y pegándose a mi cuerpo.

—Algunos días, desearía no serlo —suspiro mientras observo las luces de la ciudad que se extienden sin fin ante nosotras—. Sería mucho más fácil si pudiera cortar mis emociones, si no me encariñase con ningún paciente. Hago cirugía general, muy rara vez muere un paciente, pero cada vez que pierdo a uno, es como un puñetazo en la tripa.

—Tienes un gran corazón, conectas con ellos, y eso es muy bonito —me asegura—. Eso te convierte en una doctora extraordinaria, aunque también signifique que sientes cada pérdida mucho más.

—No sé cómo Arya lo aguanta. En cirugía cardiaca pierden a muchos más pacientes —admito.

—Mimos y sexo.

—¿Qué?

—La doctora Kumari me lo dijo el otro día. Mimos y sexo. Cuando pierde a un paciente necesita una noche entera de mimos y dice que cuando empieza a sentirse mejor las hormonas se le disparan. Me pareció muy curioso —agrega Sarah.

—Arya tiene las hormonas disparadas de continuo —bromeo, poniendo los ojos en blanco.

—Pero no es mala idea, si lo piensas con detenimiento —suelta de pronto.

Levanto la cabeza extrañada, sorprendida por su sugerencia y me encuentro con su mirada clavada en la mía.

—Me refiero solo a la parte de los mimos —se apresura a aclarar con las mejillas ligeramente sonrojadas—aunque lo otro no me importaría —añade con un susurro.

Su mirada se detiene en mis labios y hace una profunda respiración mientras mi pulso se acelera. Cierro los ojos y muerdo mi labio inferior, lucho por dominar mi deseo, pero el susurro de Sarah resquebraja las pocas defensas que me quedan.

—Hazlo ya, joder, antes de que te lo vuelvas a pensar —suspira,

presionando mi cuerpo sobre la barandilla y colando su muslo entre mis piernas antes de besarme.

Rodeo su cuello con las manos, perdiéndome en la suavidad de sus labios, en cómo la punta de su lengua recorre los míos, en la presión que su muslo ejerce sobre mi sexo mientras me balanceo sobre él. En sus suaves gemidos apagados en mi boca.

—Joder, no podemos, Sarah —protesto— si alguien nos…

—Shh.

Sarah me calla con un nuevo beso y todo lo que puedo hacer es abrir los labios y cerrar los ojos mientras suspiro.

—Deja de pensar y siente. Solo siente —repite mientras sus manos trazan lentos círculos sobre mi espalda—. Deja que el resto del mundo se ocupe de sí mismo con sus ridículas reglas. Las dos lo necesitamos. Quédate aquí, conmigo. Solo tú. Solo esto.

Cada una de sus palabras atraviesa mis débiles protestas y por unos instantes, me dejo llevar en un beso maravilloso. Uno de esos besos que consiguen que te olvides de todo. El mundo a nuestro alrededor desaparece y tan solo estamos Sarah y yo. El roce de nuestros labios, sus manos en mi espalda, su muslo presionando mi sexo.

—Vale ya, por favor. Esto es muy peligroso, Sarah —protesto, poniendo una mano en su pecho para separarla de mí antes de marcharme corriendo de la azotea como una niña chica.

Capítulo 13

Sarah Taylor

Es extraño. Intentar concentrarse en observar cómo un bisturí abre el cuerpo de un paciente mientras deseas que esos mismos dedos que lo sostienen se cuelen entre tus piernas.

No consigo concentrarme. Mi mente vaga una y otra vez hacia aquel beso en la azotea. A la fina piel de los labios de Jackie, a los suaves gemidos, al modo en el que el mundo pareció dejar de girar mientras nos besábamos.

Sacudo la cabeza en un intento de desterrar esos pensamientos. Estoy dentro de un quirófano. Debería estar aprendiendo, no soñando despierta, imaginando mil maneras de desnudar a mi supervisora y hacerla gritar de placer. Pero es que cada vez que veo a Jackie mi corazón se niega a colaborar.

Han pasado dos días desde aquella tarde y no hemos vuelto a hablar. De nuevo, intenta evitarme como si fuésemos dos niñas. Sé que le prometí que no ocurriría, soy consciente de que ambas nos jugamos mucho. Pero, joder, entre personas adultas, las cosas se hablan.

Durante las operaciones, Jackie se muestra fría y profesional. Incluso en una en la que me tocó presenciar de manera individual. Aun así, a veces la sorprendo mirándome y una sonrisa melancólica se dibuja en sus labios. Y en esos momentos, vuelvo a perderme en aquel recuerdo.

No puedo seguir negándolo: Jackie Stone me tiene completamente enamorada. Su ingenio rápido, su mente brillante, esa manera de ser simplemente, buena persona, me dejan sin aliento. La forma en que me mira me acelera el pulso.

Lo tengo muy claro. Si soy sincera, nada me gustaría más que olvidarme de las reglas de este jodido hospital y desnudarla sobre la superficie plana más cercana. Ni siquiera necesito una superficie plana, me conformo con desnudarla. Estar a su lado sin poder hacer nada es como una especie de dulce tortura, como morir de sed con una botella de agua a la vista, pero fuera de tu alcance.

Y es que Jackie ejerce sobre mí una atracción innegable, pero claro, al universo le encanta añadir complicaciones. Como si no fuese suficientemente complejo explicarle a mi madre que me he enamorado de la mujer a la que culpa por la muerte de mi hermano, las relaciones entre internos y médicos están totalmente

prohibidas.

Desde un punto de vista teórico lo entiendo, pueden crear desequilibrios de poder. Podrían llevar a casos de favoritismo o incluso a extremos en los que el médico supervisor se aprovechase del interno. Sé que con Jackie no habría que preocuparse por ninguna de las dos opciones, pero las normas son las normas. Y me están matando.

Ahogada en mis pensamientos, estoy a punto de entrar en la estación de metro cuando escucho una voz que consigue que mi corazón se detenga.

—¡Sarah, espera!

Jackie viene hacia mí, su rostro muy serio y mis piernas se ponen a temblar de inmediato.

—¿Regresas a tu casa? —pregunta, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros e intentando sonar despreocupada.

Asiento lentamente con la cabeza.

—¿Te importa si nos sentamos juntas esa parte del trayecto?

—Supongo que en algún momento tendremos que hablar —admito encogiéndome de hombros.

Pero lo cierto es que durante las dos primeras paradas de la línea, ninguna de las dos lo hacemos. ¿Quién necesita palabras cuando puede tener un maravilloso silencio incómodo entre nosotras?

—Bueno, ¿vas a decir algo o no? —me quejo, sin poder aguantar por más tiempo.

—Lo mismo iba a preguntarte.

—Ya, vale, aunque se supone que tú eres la adulta aquí.

—Las dos lo somos.

—Sabes lo que quiero decir, Jackie. Pero, bueno, está bien. Tengo que decirlo porque si no me voy a volver loca, o me estallará la cabeza, no lo sé. No puedo dejar de pensar en ti —suelto del tirón.

Estas cosas es mejor hacerlas como quien quita una tirita. De golpe.

Jackie me mira como si fuese algún tipo de espécimen fascinante. Se queda callada y por un momento, me temo que no volverá a hablar hasta que lleguemos a mi parada de metro. Y entonces ocurre.

—Yo tampoco —suspira.

—¿Qué?

—Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti, Sarah —repite.

Su respiración se ha acelerado y seguramente podría fijarme en algún detalle más si no fuese porque mi corazón late tan rápido

que temo que me pueda dar un infarto.

Sus ojos se desvían a mi mano derecha que descansa sobre mi regazo y lentamente, de manera casi ceremonial, acerca su meñique para entrelazarlo con el mío.

Nuestras miradas se cruzan y al perderme en esos ojos azules, reflexiono que si ninguna de las dos nos bajamos, la línea de metro es lo suficientemente larga como para seguir juntas casi tres cuartos de hora más.

No tengo ni idea de quién inicia el beso, quizá lo hagamos las dos. Sea como sea, nuestros labios se rozan de nuevo. Es algo rápido, pero tierno. Uno de esos besos que te dejan temblando, aunque sean breves. Y cuando nos separamos, no puedo evitar suspirar.

—Sabes que no podemos —susurra con una mueca de dolor.

—Una cita, Jackie. Tan solo dame una cita, por favor. Lejos del hospital, donde nadie nos vea. Tan solo una —suplico cogiendo su mano entre las mías.

Jackie se queda mirando nuestras manos unidas y, de pronto, su determinación se desmorona.

—Una cita —suspira—. Solo una, para exorcizar esto… sea lo que sea que tengamos. Luego volvemos a la normalidad —su mirada se clava en la mía—. ¿Prometido?

—Mañana hay un festival de *food trucks* en Williamsburg. Montones de opciones de comida, música en directo. Está lo suficientemente lejos del hospital para que nadie nos vea. Nos podemos perder entre la multitud y…

—No necesitas venderme la idea —susurra golpeando con la punta de su dedo índice mi nariz—. Nos vemos mañana en Williamsburg.

El vagón de metro chirría al detenerse en mi parada. Me inclino hacia ella para un rápido beso y un guiño de ojo.

—Hasta mañana, Jackie —añado con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 14

Jackie Stone

Nada más llegar, diviso a Sarah entre la multitud. Mi corazón se acelera para a continuación, caer en picado en cuanto recuerdo en el lío en el que me estoy metiendo.

—Pensaba que habías cambiado de opinión y no vendrías —saluda, señalando el reloj con su dedo índice.

—Lo siento.

Prefiero no confesar que la verdadera razón por la que llego tarde es que me he probado literalmente toda la ropa que había en el armario. Varias veces.

—No iba a perderme todos estos *food trucks* donde probar comida rara a precios desorbitados, ¿no? —bromeo.

—Qué boba. ¿Dónde está tu sentido de la aventura y el riesgo? —pregunta, propinándome un pequeño golpe en el brazo.

Riesgo… puf…de eso creo que vamos sobradas en esta cita.

Al principio estoy muy tensa, miro continuamente a mi alrededor por si pudiese divisar algún rostro conocido. Pronto, el entusiasmo de Sarah comienza a ser contagioso y me dejo llevar. Cualquier nuevo descubrimiento culinario le ilusiona. Caminamos cogidas de la mano, charlando mientras probamos un sinfín de especialidades.

Prefiero no pensar en el riesgo que estamos corriendo cada vez que nuestros labios se rozan. Elijo vivir como si cada segundo fuese el último, memorizando cada detalle para cuando no podamos volver a repetirlo.

Una banda de música empieza a tocar una lenta melodía y los ojos de Sarah se iluminan.

—¿Bailas? —pregunta, extendiendo su mano.

Sin dudarlo, rodeo su cintura como si ya lo hubiésemos hecho en multitud de ocasiones. Me sonríe, anclándome a ella en un modo que no consigo explicar, y nos dejamos envolver por la música.

Sarah apoya la cabeza en mi hombro con un largo suspiro de satisfacción y me dedica una hermosa sonrisa. En ese instante, siento que el mundo se desvanece. Un nuevo beso, a la vez refugio y promesa. Un instante eterno.

—Bueno, ese beso ha sido…

—Muy poco profesional por nuestra parte —le recuerdo.

Ella cierra los ojos y menea la cabeza divertida.

—¿Serás capaz de dejarte llevar por una noche? —susurra junto a mi oído—. Yo iba a decir perfecto—añade.

Al terminar la canción, regresamos a la extravagancia de los *food trucks*. Parecemos dos exploradoras culinarias, aventurándonos en los territorios poco conocidos de la mejor comida de las calles de Nueva York. Un torbellino de sabores y culturas.

A medida que empieza a oscurecer, ninguna de las dos estamos preparadas para que esta noche se termine. Es como si nos encontrásemos en una especie de hechizo, aferrándonos con desesperación a unos momentos mágicos que comienzan a escaparse de nuestras manos con cada minuto que marca el reloj.

—¿Te apetece ir al parque del Área 53? —sugiere.

—¿En serio?

—No hay nada más romántico que un parque de atracciones —bromea.

Al entrar, Sarah insiste en que debemos ir directas a la pista de patinaje. De poco sirven mis protestas, indicando que no patino desde que era una niña pequeña.

—Yo te enseño. Será divertido —me asegura antes de besarme en la mejilla.

En la pista, Sarah se desliza sin esfuerzo, casi levitando, mientras yo trato de avanzar agarrada a la barandilla.

—Déjate ir e inclínate un poco hacia delante —grita, cogiendo mi mano para ayudarme a mantener el equilibrio.

Tras varias caídas, que a Sarah le parecen muy graciosas, pronto consigo al menos mantener el equilibrio, aunque estoy segura de que mañana mi culo estará más que dolorido.

—Te dije que podrías hacerlo —susurra cuando devolvemos los patines.

—Gracias. Por todo, por esta noche maravillosa, por no aceptar un no por respuesta. Por insistir hasta la saciedad. No me divertía tanto desde… ni siquiera recuerdo desde cuándo —suspiro besando su sien.

—Tenemos que volver. Quizá la próxima vez podríamos probar la escalada o las máquinas de arcade —propone.

—Pensé que habíamos decidido que no habría próxima vez —le recuerdo, y una punzada de dolor atraviesa mi corazón al escuchar mis propias palabras.

—Vendremos como amigas, entonces —apunta con un guiño de ojo.

Asiento, pero se me encoge el corazón al recordar que esto no puede durar. Trato de acunar cada segundo, de grabarlo a fuego en mi memoria, pero cada vez que miro el reloj y veo que el

tiempo avanza me dan ganas de llorar.

—¿Eres como la cenicienta que debes estar en casa antes de las doce? —bromea al verme mirar la hora por enésima vez.

—No quiero que esta noche se acabe, eso es todo —reconozco, encogiéndome de hombros y dejando escapar un largo suspiro.

—¿Tienes algo en contra de follar en la primera cita?

—¿Qué?

—Lo que acabas de oír, Jackie. Vamos a tu casa —propone Sarah, acercándose a mí para morder el lóbulo de mi oreja.

Y con las piernas temblando, levanto la mano haciendo una seña hacia la hilera de coches amarillos. Porque, ¿quién necesita la carroza de Cenicienta pudiendo llamar a un taxi?

***

Subimos en silencio las escaleras que llevan a mi apartamento, mis manos temblando mientras busco la llave para abrir la puerta. Al entrar, Sarah se pega a mí. Besa mi cuello, jadeando excitada, y no puedo evitar dejar escapar un largo suspiro de rendición.

Con las manos en mis caderas, me empuja contra la pared del salón, abriendo mis piernas con la rodilla mientras muerde el lóbulo de mi oreja. Me quedo inmóvil cuando tira ligeramente de mi melena para ladear el cuello antes de lamerlo con la punta de su lengua. Prácticamente, me olvido hasta de respirar, como si necesitase concentrar toda mi atención en ese preciso instante.

Acaricio su mejilla con el dedo pulgar, gimiendo mientras froto mi sexo sobre su muslo. Ella desliza una mano por debajo de mi camiseta, tirando hacia arriba de la copa de mi sujetador en busca de mis pechos.

—¿Dónde está tu dormitorio? —susurra, haciéndome temblar.

Capítulo 15

Jackie Stone

—Desnúdate —ordena Sarah al entrar en mi dormitorio.

—¿Qué?

—¡Desnúdate! —repite—no me parece tan difícil de entender.

Me encojo de hombros y hago lo que me dice, observando que ella no se ha quitado todavía ni una prenda de ropa.

Tiemblo, completamente desnuda ante Sarah. Se acerca a mí, deslizando con una suavidad asombrosa la punta de sus dedos por mi vientre, observándome con detenimiento. Mi corazón se acelera, mi pecho se hincha con cada profunda respiración al percatarme del deseo en los ojos de mi interna.

—¿Te gusta que te aten, doctora Stone? —susurra a mi oído, dejando caer la punta de sus dedos por mi pubis.

—Joder —suspiro.

—Lo tomaré como un sí.

A continuación, se dirige a mi armario y saca un pañuelo de seda, acercándose a mí de nuevo.

—Te has puesto súper roja, ¿lo sabes? —bromea.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Te lo he dicho. Voy a atarte las manos por detrás de la espalda —susurra—luego te acariciaré, jugaré con tus pezones, te follaré y no podrás hacer nada hasta que yo te lo diga. ¿Estás de acuerdo?

Solamente soy capaz de asentir con la cabeza. Lo cierto es que jamás en mi vida me han atado, pero para Sarah parece ser algo natural y reconozco que la idea me excita una barbaridad.

—Tu palabra de seguridad será "código rojo" como en una situación de emergencia en el hospital.

—¿Necesito una palabra de seguridad? —pregunto nerviosa.

—No te voy a hacer daño, pero puede que en algún instante la estimulación sea demasiado intensa como para que puedas soportarlo. En el momento en que uses la palabra de seguridad, todo se detiene. Sin preguntas —me asegura antes de deslizar su lengua por detrás del lóbulo de mi oreja y conseguir que se me ponga la piel de gallina—. Ahora, coloca las manos detrás de tu espalda —ordena.

Temblando, hago lo que me pide y siento el pañuelo de seda cerrarse contra mis muñecas. No lo aprieta, seguramente podría soltarme si quisiera, pero he de admitir que en estos momentos

estoy empapada.

Sarah se sitúa detrás de mí, sus pechos acariciando mi espalda al tiempo que separa mi melena para darme un cariñoso mordisco en la nuca.

Una sensación extraña se apodera de mi estómago, una excitación como no recuerdo haber sentido. Todo mi cuerpo está en alerta, esperando cualquier roce, cualquier susurro, el suave tacto de la punta de sus dedos. Lo que sea. Lo que ella quiera.

Se coloca frente a mí. Acaricia mis mejillas con el reverso de su mano, bajando lentamente por mi cuello hasta recorrer el contorno de mis pechos.

Cierro los ojos y suspiro. Mis pezones dolorosamente duros, anhelando el roce de sus dedos o el calor de su lengua.

—¿Estás excitada? —susurra antes de morder mi cuello con suavidad.

—Sarah, no me dejes marcas, por favor —le recuerdo. Lo último que necesito es tener que explicar un chupetón el lunes en el hospital.

La única respuesta que recibo es la punta de sus dedos rodeando mi areola. Sonríe, sin llegar a tocar mis pezones, volviéndome loca de deseo.

—Sabía que eras así de sensible —sisea, alzando las cejas y mordiéndose el labio inferior.

Cuando por fin acaricia mis pezones, dejo escapar un largo gemido. Lo deseaba tanto que su tacto es como una liberación. Es una caricia suave, como si deslizase una pluma sobre ellos, pero consigue hacerme temblar de la cabeza a los pies.

Pronto, esos mismos dedos trazan imaginarios dibujos sobre mi vientre, vadeando mi ombligo antes de recorrer mi pubis con una lentitud que me desespera.

—Lo necesito, Sarah —suspiro.

No responde, simplemente cuela una mano entre mis piernas, como si quisiese comprobar lo excitada que estoy. A continuación, se lleva los dedos a la boca, cerrando los ojos con un suave ronroneo.

—Joder, Sarah —protesto.

—Tenemos toda la noche.

Por un instante, medito pronunciar la palabra de seguridad. Esta lentitud me está volviendo loca de deseo. Cada poro de mi piel necesita sentir su cuerpo desnudo, besar su sexo, sentir sus dedos en mi interior. Aun así, tengo curiosidad por seguir adelante. No voy a negar que todo este juego de las ataduras me está excitando demasiado.

De pronto, se arrodilla detrás de mí, acaricia mis nalgas con la

misma suavidad exquisita con la que lo hizo antes con mis pezones, solo que a la caricia le sigue un pequeño mordisco que me hace saltar.

—Recuerda que tenemos una palabra de seguridad si la necesitas —apunta.

—¿La voy a necesitar? —pregunto nerviosa, mi voz apenas audible.

—No lo sé —responde lamiendo la parte baja de mi nalga derecha mientras desliza un dedo entre mis piernas.

Me deshago entre gemidos de placer al sentir la palma de su mano recorriendo mi sexo. La punta de sus dedos llega hasta mi clítoris, mientras sus dientes o su lengua estimulan mis nalgas. Siento que no puedo más, pero algo me dice que apenas estamos empezando.

Grito cuando entra en mi interior. Sarah se coloca de rodillas frente a mí, rozando mi clítoris con su dedo pulgar cada vez que me penetra y, cuando su dedo meñique se cuela entre mis nalgas, estimula tantas terminaciones nerviosas que siento que me voy a desmayar.

—¡Código rojo! ¡Código rojo! —chillo, tratando de mantener el equilibrio.

—¡Joder, Jackie! ¿En serio? —protesta.

Sonríe, meneando la cabeza mientras pone los ojos en blanco. Y cuando saca los dedos de mi sexo, se apodera de mí una sensación de vacío que apenas puedo gestionar.

—Habrá que continuar en la cama —propone con un suave susurro, soltando mis ataduras y comenzando a quitarse la ropa.

Capítulo 16

Sarah Taylor

—Si vas a preparar todos los días el desayuno vestida tan solo con un mandil de cocina, puedes quedarte todo el tiempo que quieras —bromea Jackie, colocándose detrás de mí y apartando mi pelo para besarme en la nuca.

—Si sigues con los besitos se me quemarán las tostadas —le advierto—. Haz el café y deja las manos quietas, que pareces un pulpo —protesto al ver que las ha colado por debajo del mandil para acariciar mis pechos.

Pronto, el aroma del beicon y el café recién hecho inundan la cocina, mientras me percato de que Jackie me sigue mirando de arriba abajo.

—¿Tú siempre te levantas así de excitada? —pregunto, poniendo los ojos en blanco.

Jackie sonríe. Muerde su labio inferior y se ruboriza. Me encanta cuando hace ese gesto. La noche fue maravillosa, mucho mejor de lo que jamás hubiese imaginado. Su cuerpo es tan sensible, responde tan bien a cada caricia o cada beso, que te sube el ego por las nubes. Y los suaves gemidos que deja escapar cuando se excita, son casi suficientes como para tener un orgasmo tan solo con escucharlo.

Trato de no pensar en que hemos acordado que será tan solo una cita. Larga, pero una cita al fin y al cabo. El lunes, cuando regresemos al hospital, Jackie volverá a ser mi supervisora y yo su interna. Este cuento de hadas que he montado en mi imaginación se desvanecerá como la niebla. Pero eso será el lunes. Hoy pienso disfrutar de cada segundo con ella sin preocuparme de nada más.

—¿Mejor así? —inquiero, desprendiéndome del mandil y quedando totalmente desnuda cuando nos sentamos a desayunar.

Jackie se inclina para besarme, y acaricia mis tobillos con su pie desnudo mientras da un sorbo a su taza de café. Trato de saborear cada bocado, grabando a fuego en mi memoria todos los detalles. La luz de la mañana a través de las cortinas, su pelo alborotado. Cada momento es un regalo, demasiado fugaz como para no memorizarlo. Es como si una parte de mí pretendiese quedarse aquí para siempre.

Mientras fregamos los platos, Jackie se queda quieta un instante, su mirada perdida. De pronto, se gira hacia mí, coloca

sus manos llenas de jabón a ambos lados de mi cara y me besa con una urgencia que roza la desesperación.

Al separarnos, suspira. No dice nada, pero su gesto lo dice todo. Le duele tanto como a mí tener que separarnos por culpa de las ridículas políticas de personal.

—Gracias por todo esto —musita.

—Jackie. ¿En qué momento sería totalmente aceptable que estuviésemos juntas? —pregunto con miedo.

—Cuando termines tus rotaciones como interna y más tarde tu tiempo de residencia. Mientras sea tu supervisora está prohibido —expone y su respuesta es como un jarro de agua fría.

—Eso es mucho tiempo —susurro.

—Lo es.

Coloca la mano sobre la mesa con la palma hacia arriba, esperando la mía, y trato sin éxito de esbozar una sonrisa que no llega a mis labios mientras entrelazamos los dedos.

—Va a ser un problema, ¿lo sabías? —pregunta alzando las cejas.

—¿Y eso?

—Demasiada tentación. Me costará resistirme —admite.

—No lo hagas. No te resistas.

—Sarah… conoces las consecuencias —suspira con un gesto de dolor.

—La jefa de cirugía es Arya. Sois uña y carne, joder. No pondrá ninguna pega.

—Pero por encima de ella está el departamento de Recursos Humanos, al menos en este tipo de situaciones. Incluso entre compañeros estamos obligados a informarles, con una interna está fuera de los límites. Soy tu supervisora —me recuerda.

Y justo cuando estoy a punto de responder, a pesar de que no tengo ningún argumento de peso que aportar, suena mi teléfono móvil con una llamada de mi madre, que parece tener el don de llamar siempre en los peores momentos.

—Dime, mamá —respondo de mala gana.

—¿Te has levantado con el pie izquierdo? Solo quería ver cómo estabas y cuándo tenías pensado volver a casa.

Últimamente, está muy interesada en mi formación en el hospital, hasta creo que parece haberse olvidado de quién es mi supervisora.

—Ah.

—¿Qué?

—Nada, mamá. Es que casi se me cae un plato —miento, haciéndole una seña a Jackie para que deje de acariciar mi sexo mientras hablo por teléfono.

—¿Tu cita bien por lo que veo?
—Sí —respondo sin querer dar más explicaciones.
—¿Quieres otro café? Voy a preparar uno para mí.
—Sí, gracias, Jackie —respondo con una sonrisa.
—¿Jackie?
—Joder.
—¿Has dicho Jackie? —pregunta mi madre alzando la voz.
—Mamá…
—¿Jackie… de doctora Jackie Stone? —insiste—¿Estás con esa puta asesina?
—Mamá, por favor —me quedo sin palabras, más preocupada en tapar el altavoz del teléfono para que no se escuchen las palabras de mi madre que en responder.
—¿De todas las personas con las que podrías estar en una inmensa ciudad como Nueva York te has follado a esa puta asesina?
—¡Que eres mi madre, joder! —protesto al escuchar sus palabras. Nunca me había hablado así, ni siquiera cuando era una adolescente.
Jackie se acerca a mí con pequeños pasos y puedo observar que su rostro ha perdido el color. Levanto el dedo índice para indicarle que necesito un minuto para tranquilizarme y que, por favor, no se le ocurra decir ni una sola palabra. Lo último que necesito es que mi madre escuche su voz y se ponga aún más nerviosa.
—Mamá, tienes que calmarte —indico, separando el teléfono del oído para que sus gritos no me dejen sorda.
—¿Calmarme? ¿Cómo quieres que me calme si mi propia hija se está follando a la responsable de la muerte de su hermano? ¿Así es cómo honras la memoria de Jason? —ladra.
—Mamá, Jackie no es la responsable de su muerte. Debes pasar página de una jodida vez, ¿vale? Lo que le ha ocurrido a Jason no fue culpa suya, fue mala suerte. Llovía a mares, perdió el control del coche, chocó de manera frontal, entró en el quirófano con el cráneo destrozado. No la culpes a ella —espeto, mi cuerpo temblando de la cabeza a los pies.
—Esa zorra ya me ha hecho perder a un hijo y no voy a dejar que se aproveche sexualmente de mi hija —chilla.
—Mamá, ¿de qué coño hablas? —protesto.
Pero por suerte para mí, mi madre cuelga el teléfono, dando por zanjada una discusión que se ha llevado por delante el mejor fin de semana que recuerdo.
—¡Joder! —bufo, tirando el móvil sobre la mesa.
—¡Qué mierda! Lo siento —susurra Jackie, besando mi frente.

—No me lo puedo creer, de verdad.

—Me sigue odiando con todo su ser, por lo que veo —exclama Jackie, negando lentamente con la cabeza.

—No consigo quitárselo de la cabeza. Sigue insistiendo en que fue todo culpa tuya. Lo siento, Jackie, de verdad. Lo he estropeado todo. Yo…

—La entiendo —admite pasándose una mano por el pelo.

—¿La entiendes? Jackie, no fue culpa de nadie.

—Pero yo era la responsable de esa cirugía. Tu hermano murió bajo mi cuidado. Diez años más tarde esa imagen todavía me persigue en sueños, Sarah. Ni siquiera puedo llegar a imaginar lo que debe ser para una madre. Es lógico que me odie. Para ella, le arrebaté a su hijo.

—Jackie, por favor, no lo hagas. Bastante tengo con mi madre como para que tú te culpes también.

—No me culpo, pero entiendo a tu madre.

Me echo hacia atrás en la silla y miro al cielo con desesperación. Jackie parece abatida, la situación se nos ha escapado de las manos.

—Joder. ¡Escúchame! —insisto, sujetando su barbilla con mis dedos para que me mire—. Mi madre está actuando como una auténtica gilipollas. Quiero a mi madre y…

No llego a terminar la frase, porque las siguientes palabras iban a ser… “y te quiero a ti”.

—Creo que es importante que las dos hagáis las paces con el pasado. Me voy, Jackie. Te dejo espacio para pensar. Nos vemos mañana en el hospital —me despido.

Ella baja la mirada, solo un sollozo ahogado rompe el silencio. No pronuncia ni una sola palabra para disuadirme. Ni un solo gesto que me indique que debo quedarme.

Nada. Simplemente se queda ahí. Sentada en la mesa de la cocina. Su mirada perdida mientras una daga atraviesa mi corazón y lo rompe en mil pedazos.

Capítulo 17

Sarah Taylor

—Está entrando en shock anafiláctico —grita Georgia en cuanto entramos en una de las habitaciones para una visita rutinaria.

Corro junto a ella, mi corazón acelerado. No hay tiempo para pedir ayuda. Sus vías respiratorias se obstruyen y si no actuamos con rapidez, morirá asfixiada.

—Epinefrina, ¡ya! —grito.

Georgia me pasa una jeringuilla. La paciente tiene los ojos desorbitados por el pánico, se agarra frenéticamente la garganta, dejando las marcas rojas de sus dedos en el cuello. Preparamos la inyección, rezando para que le haga efecto, mientras Georgia revisa la historia médica y no encuentra nada relativo a alergias.

—Prepara 0,6 ml. —indico.

—¿Cómo que 0,6, Sarah? —pregunta Georgia, nerviosa.

—En niños es 0,1 ml por cada 10 kilos de peso. En la historia médica pone que pesa 60 kilos —explico, sin entender por qué me está haciendo perder un tiempo precioso.

—¡Joder, mírala, Sarah! Tiene nueve años, no pesa más de 30.

—En la historia pone…

—Me importa una mierda lo que ponga la historia. Esa cría no pesa 60 kilos —insiste Georgia.

—Pero en su historia médica…

Miro incrédula la historia que tengo delante y luego a la niña. La enfermera tiene razón, no puede pesar 60 kilos. Georgia me mira con impaciencia, esperando que tome una decisión rápida porque la cría no puede respirar y sus labios comienzan a ponerse azules.

—0,3 ml. Empecemos por esa dosis —concedo.

Clavo la jeringuilla en la parte interna del muslo y dejo escapar un larguísimo suspiro. Pronto, la medicación empieza a surtir efecto y la niña comienza a respirar, recobrando el color en su rostro. Uno de los médicos de urgencias llega a los pocos minutos, comprobando que todo ha ido bien y felicitándome. Aun así, indica que, seguramente, habrá que administrarle una segunda dosis en unos veinte minutos, ya que la reacción alérgica ha sido muy grave.

—Ha podido morir —expone—¿Quién le ha puesto salsa de frutos secos en la comida? Es alérgica.

—En la historia médica no pone nada de alergias —apunto,

entregándole una capeta marrón con todos los datos.

—Yo mismo he hecho el ingreso hace dos días y recuerdo que su madre insistió mucho en que tenía alergia a los frutos secos —explica el doctor—. ¿Qué coño es esto? Estos datos no concuerdan. ¿Cómo va a pesar 60 kilos esa niña? Si está en los huesos.

—La doctora Taylor le administró 0,3 ml. por precaución, estimando a ojo que podría pesar unos 30 kilos. No sé de dónde han salido esos datos —expone Georgia, echándome una mano, aunque realmente ha sido ella la que se ha dado cuenta del error.

Ya más calmadas, nos sentamos en la cafetería a compartir un café con la doctora Arya Kumari y le comentamos lo ocurrido.

—Fue súper extraño, Arya. En la historia médica había varios datos erróneos. No se mencionaba nada de su alergia a los frutos secos y el peso indicado era más del doble del real —le explica Georgia.

—¿En la habitación 305?

—Sí.

—Me cago en la puta —gruñe Arya, pegando un fuerte manotazo sobre la mesa que hace temblar las tazas de café.

—¿Qué ocurre?

—Le vi, joder. Vi al puto capullo estirado ese, ¿cómo se llama? El hijo del doctor Pabst.

—¿Eric? —preguntamos Georgia y yo al unísono.

—Ese mismo. Puto gilipollas. Le vi salir de la habitación esta mañana con una historia médica y entró en la zona de enfermería. Me pareció raro, porque ese imbécil piensa que le va a salir un sarpullido en el culo si se acerca a menos de un metro de una enfermera.

—¿Crees que Eric sería capaz de…? —pregunto con miedo.

Se me hiela la sangre con tan solo pensarlo. Eric es un imbécil ultra competitivo. Pero ¿poner en riesgo la vida de una paciente?

—Si lo piensas bien, tiene sentido —admite Georgia, bajando la voz—. Tú estabas al cargo de esa niña. Cometerías un error grave con la dosis y te ve como una amenaza, porque sabe que eres mucho mejor que él.

—No me creo que fuese a poner en peligro la vida de una paciente —suspiro, mis manos todavía temblando.

—Puto gilipollas —masculla Arya entre dientes—. Ese mierdecilla supondría que algún médico llegaría a tiempo para solucionarlo, pero de momento te pondría en un aprieto gordísimo.

—Es la única explicación —insiste Georgia—. El doctor Monroe se acordaba de la alergia a los frutos secos de la niña y en la

historia médica no aparecía nada. Justo hoy, que había salsa de cacahuete en la comida. Qué oportuno —agrega.

—Pero la niña, ¿no se dio cuenta de que estaba comiendo salsa de cacahuete?

—Es una niña de nueve años, Sarah. Estaría encantada con el sabor. Es nuestro plato estrella —comenta Georgia.

—¡A mi despacho! —gruñe Arya—. Ese capullo de mierda se va a enterar.

***

En cuanto Eric cruza la puerta del despacho de la doctora Kumari, alza las cejas sorprendido al vernos a Georgia y a mí, pero mantiene la compostura.

—¿Por qué lo has hecho? —espeta Arya sin que a Eric le dé tiempo ni a saludar.

—¿Le importaría ponerme al corriente de la situación, doctora Kumari?

—Has manipulado la historia médica de la paciente de la habitación 305, cambiando algunos datos cruciales.

—No tiene ninguna prueba de eso —se defiende Eric.

—Sí que las tengo. ¿Sabes las consecuencias?

—Oh, me estoy cagando en los pantalones. Mi padre está en el consejo de administración de este hospital y me está acusando sin pruebas de algo muy grave —responde con chulería. Creo que está llegando a unos extremos que nadie habíamos supuesto.

—Y mucho más que te vas a cagar, Eric —agrega Arya—porque toda la zona de enfermería está conectada con cámaras y te tenemos grabado manipulando la historia médica.

El rostro de Eric pierde todo su color. Se le cae la mandíbula al suelo cuando escucha las palabras de la doctora Kumari y se lleva ambas manos a la cabeza, nervioso.

—¡Podría haber muerto por tu culpa! —chillo, incapaz de mantener la calma.

—Sarah…

Arya me hace un gesto con la mano para que me calme.

—Eric. Quedas expulsado del programa. Llevaré tu caso al consejo de administración y ellos decidirán los pasos a seguir, pero mi consejo será denunciar ante la policía lo que has hecho —explica la doctora Kumari con una calma que da auténtico miedo. Casi prefiero cuando grita y dice palabrotas.

—Doctora Kumari, nunca quise poner en riesgo la vida de esa paciente —se disculpa Eric, sus ojos llenos de lágrimas.

—No importa lo que hayas pretendido. El caso es que lo has hecho y si no llega a ser por una intervención rápida de tu compañera, que consiguió mantener la cabeza fría, esa niña

habría muerto. Habría muerto por tu culpa —repite, bajando la voz y mirándole fijamente a los ojos.

—Doctora, por favor… —suplica Eric.

—¡Fuera de este hospital! —concluye Arya, señalando hacia la puerta con su dedo índice.

Capítulo 18

Jackie Stone

—Tengo que hablar contigo en mi despacho. Es muy urgente —indica el mensaje de texto de Arya, incluso antes de que entre en el hospital.

Extrañada, empiezo a escribir la respuesta. Me excuso diciendo que debo comprobar los datos preoperatorios de uno de mis pacientes, pero reviso el mensaje y el tono me parece mucho más serio de lo que suele ser habitual en ella.

Incluso por escrito, le cuesta mucho hacer una frase sin las palabras “joder” o “capulla”.

—¿Estás ocupada? —pregunto asomándome a su despacho.

—Entra y cierra la puerta, anda —ordena, haciendo una mueca con la cabeza.

Su gesto es muy serio, mucho más de lo habitual. Creo que nunca la había visto así. Entorna los ojos y el suspiro que deja escapar, no me gusta nada.

—¿Cómo puedes ser tan capulla, joder?

No parece una pregunta, más bien una afirmación.

—¿Puedes explicarte?

—Jackie, ¿sabes en el lío que te has metido?

—Empiezas a preocuparme.

—Más vale que te preocupes, joder. Tu puesto de trabajo está en el aire ahora mismo —expone.

Trago saliva al escuchar sus palabras. Mi mente da vueltas sin cesar, repasando algún caso en el que haya podido meter la pata, sin encontrarlo.

—¿Me quieres decir qué pasa o pretendes que me dé un infarto? —protesto.

Arya se inclina hacia mí. Abre de par en par sus grandes ojos negros y menea la cabeza antes de hablar.

—¿En serio te estás follando a Sarah? —pregunta bajando la voz.

—¿Qué?

—¿Y no me has dicho nada?

—Arya, ¿a qué viene esto? —me quejo, sin querer confirmar ni desmentir la información.

—Viene a que estás en un lío muy gordo. Mañana tenemos que ir a hablar con Recursos Humanos sobre el tema —añade.

Me echo atrás en la silla, tensando cada músculo de mi cuerpo

y llevándome ambas manos a la cabeza. Me froto la sien, mi pulso acelerado, sin comprender lo que ha podido ocurrir.

Respiro hondo en un vano intento de frenar mi corazón. Trato de mantener la calma.

—Sarah también debe acudir a la reunión con Recursos Humanos —susurra con un pequeño bufido.

—¿No hay manera de dejarla al margen de todo esto?

—Imposible —suspira Arya.

—Joder, no entiendo cómo ha podido ocurrir —admito, todavía en estado de shock.

—A ver, capulla, el problema no es acostarse con una interna, es que te pillen —espeta mi amiga—. Puf, con la de doctoras que me tiré yo en mi período de prácticas. Por aquel entonces tenía las hormonas fuera de control.

—Arya, sigues teniendo las hormonas fuera de control —le recuerdo—. ¿Puedo saber quién lo ha denunciado?

Intento recordar algún momento en el que alguien nos haya podido ver. Sin duda nos han pillado besándonos en el festival de *food trucks* mientras bailábamos o quizá luego, en la pista de patinaje.

—Su propia madre.

—¿Qué? —inquiero dando un bote sobre la silla.

—Ese es el principal problema. No es que os hayan pillado. Ha metido una queja formal, acusándote de coaccionar a su hija para que se acueste contigo al ser su supervisora. Ya sabes lo paranoicos que están en este hospital con ese tipo de cosas desde aquel caso que hubo hace años —explica.

—Eso no es cierto. Yo nunca haría algo así.

—Tú y yo lo sabemos. El problema será explicarlo a la gente de Recursos Humanos. Ya me contarás cómo se le ha ocurrido a esa chica contarle a su madre que se acuesta contigo —agrega sorprendida.

—Solo pasó una vez, Arya. Una jodida vez —me quejo—. Coincidió que justo al día siguiente, llamó su madre y a ella se le escapó mi nombre. Esa mujer me odia.

—¿No es la que te denunció por mala praxis hace años?

—La misma. Joder, no va a parar hasta que hunda mi carrera —mascullo, pegando un manotazo sobre la mesa con el que tan solo consigo hacerme daño.

—Pues esta vez va bien encaminada —apunta Arya, encogiéndose de hombros.

—No me lo puedo creer. Con lo cuidadosas que habíamos sido. Iba a ser solo una vez, tan solo una vez. Sabíamos que era muy peligroso… y ahora…

—También te digo que esa mujer tiene que odiarte de verdad, porque se puede cargar la carrera de su hija en el proceso. Sarah tiene todas las papeletas para salir del programa de rotaciones al igual que Eric. Te estás luciendo con tus internos, capulla: dos de tres se van fuera. Eres la peor supervisora de la historia —bromea Arya.

Ni siquiera sé qué responder. Me encuentro en estado de shock. Y por algún motivo, Sarah regresa a mi cabeza una y otra vez. Estoy más preocupada por ella que por mí misma.

—¿No hay manera de dejar a Sarah fuera de todo esto? —insisto con miedo, aunque ya me ha dicho antes que eso es imposible.

—Sabes que no —contesta Arya, echándose hacia atrás en la silla como si recordase algo—. Pobrecita. Ella sí que se tomó mal la noticia. Tuvieron que darle un calmante. Está con Lauren en la sala de descanso de la tercera planta. Les he tenido que dar el día libre a las dos. Por cierto, tú también deberías irte a casa. Descansa y prepara bien lo que les contarás a esos capullos mañana.

—Joder —suspiro, llevándome una mano a la frente.

—En condiciones normales, podría echarte una mano en el Consejo de Administración del hospital, quizá hacer que influyan sobre Recursos Humanos. Sin embargo, ayer llamé gilipollas de mierda a medio Consejo por no querer denunciar a Eric a la policía —expone Arya como si llamar "gilipollas de mierda" a los miembros del Consejo de Administración fuese una actividad habitual en ella.

***

Temblando, recorro el largo pasillo que lleva hasta la sala de descanso de la tercera planta y ahí encuentro a Sarah. Está acurrucada, en posición fetal sobre una de las pequeñas camas que tenemos para echarnos una siesta en las guardias. Abraza las rodillas, sin dejar de sollozar, mientras Lauren trata de calmarla.

—Tu chica está aquí —susurra Lauren, levantándose inmediatamente de la cama, y me hace gracia cómo ha dicho "tu chica".

Sarah se da la vuelta despacio, casi con pereza. Sus ojos están rojos e hinchados de tanto llorar, aunque trata de esbozar una pequeña sonrisa al verme.

—Lo siento muchísimo, Jackie. Lo he estropeado todo, he hundido tu carrera —suspira, mordiendo su labio inferior en un claro gesto de dolor.

Me siento a su lado y acaricio su mejilla con el reverso de mi mano, secando las lágrimas con el dedo pulgar. Se me parte el

corazón al verla así, hundida, totalmente vulnerable. Es devastador. La abrazo, acariciando con suavidad su espalda, besando su mejilla de tanto en tanto. Ya ni siquiera me importa que nos puedan ver. El daño ya está hecho.

—Tu madre ha ido muy lejos esta vez.

—La odio.

—Se preocupa por ti, pero hay maneras mejores de demostrarlo —apunto, encogiéndome de hombros.

—La odio —repite—. Quiere que deje el hospital —se queja Sarah.

—Tras la reunión de mañana con Recursos Humanos es posible que no tengas más remedio —admito.

—¿Qué te puede ocurrir a ti? —pregunta con miedo.

—No lo sé —suspiro—. Podrían despedirme. Si lo hacen no creo que vaya a ser fácil encontrar un nuevo trabajo tras ser acusada de aprovecharme sexualmente de una interna —confieso.

—No fue así. Lo negaré todo.

—Las reglas son claras, Sarah. Y es algo por lo que se preocupan mucho. En nuestro caso, tú y yo sabemos que fue plenamente consentido, pero podría no haberlo sido —le explico—. Esa regla está por algo.

—Doctora Stone, por favor ayúdame a convencerla para que se venga a mi casa. Quiere quedarse a vivir en la sala de descanso —interrumpe Lauren con preocupación.

—No puedo volver a casa con mi madre, no después de lo que ha ocurrido —solloza Sarah.

—Te vienes a mi apartamento —suelto, sin ni siquiera pensar.

Sarah levanta la mirada y alza las cejas. Se queda pensativa unos instantes, como si quisiera meditar lo que acaba de escuchar.

—¿Te parece que tenemos pocos problemas?

—Ya nos han pillado —admito, colocando un mechón de pelo detrás de su oreja antes de dejar un suave beso en su frente—. No veo cómo puede empeorar.

Capítulo 19

Jackie Stone

Ayudo a Sarah a meterse en la cama. Sigue atontada por el sedante que le han suministrado en el hospital y, ahora que está cansada de tanto llorar, empieza a hacerle un mayor efecto. Incluso hemos tenido que llamar a un taxi para llegar a mi casa, porque dudo que en el metro hubiésemos podido hacerlo.

Palpa la almohada con una sonrisa tonta, como si estuviese compartiendo algún secreto con ella. Se coloca de lado y, con un suspiro soñoliento, cierra los ojos y se queda dormida.

—Descansa, preciosa. Felices sueños —susurro, besando su frente.

Ronronea como una gata al sentir mis labios, pero ni siquiera abre los ojos. Al cabo de unos instantes, su respiración se hace más profunda y uniforme, como si las olas del mar la acunasen en su sueño.

Permanezco un rato sentada a su lado, en la penumbra. Simplemente observándola. Contemplo la delicada curva de su mejilla, sus pestañas oscuras y largas, esa suave piel que reclama caricias sin fin. Parece tan frágil dormida en mi cama. Nada recuerda a la mujer dominante que, días atrás, ató mis manos y me hizo gritar de placer.

Con un largo suspiro que parece querer llevarse consigo parte de mi alma, me levanto en dirección a la cocina. Necesito un trago de vino y, sobre todo, pensar. ¿Cómo vamos a solucionar todo esto?

Me apoyo en la ventana y mi mirada se pierde en el horizonte, donde la infinita hilera de rascacielos se extiende más allá de lo que puedo ver. Quizá no me quede demasiado tiempo en esta ciudad que tanto amo. Hemos tentado al destino y perdido la partida.

Una punzada de dolor atraviesa mi corazón al recordarlo. ¿Ha merecido la pena? Si las cosas mañana salen mal, mi carrera se irá a la mierda. Dejaré de ser una de las cirujanas estrella en un gran hospital de Nueva York para trabajar en alguna consulta médica de algún pueblecito olvidado.

Es posible que Sarah encuentre otras prácticas como interna en otro hospital, pero el nuestro es un círculo pequeño, todos se conocen. A partir de ahora, será esa interna que se acostó con su supervisora. Esa que se dejó manipular o que manipuló,

dependiendo de quién cuente la historia. Siempre estará en el punto de mira.

Y todo por el odio desmedido que su madre aún conserva. Al final, conseguirá salirse con la suya. Hundirá mi carrera profesional como si eso fuese a devolverle a su hijo. Destrozando, de paso, la de su propia hija, que no ha tenido la culpa de nada. El fantasma de Jason Taylor me persigue diez años después de su muerte sin dejarme descansar.

Casi sin darme cuenta, el día da paso al atardecer, tiñendo las paredes del salón de unos preciosos tonos dorados que parecen bailar al son que se mueven las nubes. Pero ya nada me importa, solo quiero que este día se acabe cuanto antes. Nada más.

***

—¿Planeas pasar la noche en el sofá?

Un susurro a mi lado me sobresalta. Parpadeo, abro los ojos y el salón se encuentra sumido en la oscuridad, tan solo las luces de los anuncios de neón en la calle bailan entre las sombras.

—¿Qué hora es?

—Casi las doce. ¿Cuánto tiempo llevas dormida aquí? —pregunta Sarah, dejando un beso en mi cabeza que evoca la suavidad de una pluma.

—Ni siquiera lo sé.

—¿Te has bebido la botella de vino tú sola o has tenido una fiesta y no me lo has dicho? —bromea arqueando ligeramente las cejas.

—Creo que yo sola —admito, aunque para ser honestos, ni siquiera me acuerdo. Mi memoria se encuentra sumida en una especie de neblina etílica que hace que todo parezca confuso.

La cabeza me da vueltas como un carrusel de feria desbocado. Me apoyo en su cuerpo, buscando estabilidad, de camino a mi dormitorio. Es la última vez que bebo tanto vino.

Sarah Taylor

—Sarah, quiero que vuelvas a atarme —anuncia Jackie, alargando cada sílaba, traicionada por la botella de vino que se ha terminado ella sola.

—Vas un poco contenta, ¿no? —bromeo al tiempo que trato de desnudarla para meterla en la cama.

—Te juro que si me atas, dejaré que me hagas todo lo que tú quieras —insiste.

—¿Tanto te gustó?

—Puf, no sabes cuánto. Ni te lo imaginas. Necesito a una mujer dominante en mi vida —añade, cogiéndome del brazo y tirando de mí hasta que caigo sobre ella en la cama.

—Creo que has bebido mucho, Jackie, y mañana tenemos una reunión importantísima con los de Recursos Humanos. Será mejor que descanses bien esta noche —susurro, separándome de ella para cubrir su cuerpo desnudo con la sábana.

Suspiro al taparla. He dormido todo el día por el sedante que me dieron en el hospital y sé que no podré conciliar el sueño en horas. Nada me gustaría más en estos momentos que perderme haciendo el amor con Jackie, pero necesita descansar y ha bebido demasiado.

—Tienes que prometerme que mañana me vas a atar —continúa. Sus hermosos ojos azules tratan de fijar la mirada sin conseguirlo, como dos luciérnagas erráticas en la penumbra.

—Está bien, te lo prometo.

—Salga como salga nuestra reunión con Recursos Humanos —agrega.

—Si a ti te despiden y a mí me sacan del programa de rotaciones, dudo que alguna de las dos estemos de humor para travesuras —le aseguro.

—Pero me lo tienes que prometer.

—Está bien —concedo—. Ahora duérmete, pesada —susurro, depositando un suave beso tras el lóbulo de su oreja.

—Si me excitas, no me podré dormir.

—Entonces, cierra la boca y cuenta ovejitas —esta vez el beso es en la mejilla, dulce y ligero. Repleto de cariño.

—¿Puedes abrazarme hasta que me quede dormida?

Rodeo su cintura y me acurruco contra su cuerpo, escondiendo el rostro en su nuca. Jackie busca mi mano para entrelazar nuestros dedos sobre su vientre y, poco a poco, se va dejando vencer por el sueño. Y con cada una de sus respiraciones, me doy cuenta de cuánto empiezo a enamorarme de esta mujer.

Solo espero que mañana salga todo bien, que encontremos algún modo de solucionarlo, porque sería una tremenda injusticia perder a una gran cirujana por culpa de una rabieta de mi madre. Si su carrera profesional se trunca, no me lo perdonaré jamás.

—¿Sarah?

—¿No estabas dormida?

—También puedes darme algún azote en el culo, si tú quieres.

—Joder, Jackie, ¡duérmete de una vez!

Capítulo 20

Jackie Stone

La mirada severa de Franklin Johnson, el director de Recursos Humanos, se clava en mí cuando entro en la sala. Su ceño fruncido. Está tenso, sus manos se aferran al escritorio, los nudillos pálidos. Es ridículo que nuestro futuro dependa de la decisión de este hombre cuando no hemos hecho nada malo.

Sarah entra en la sala detrás de mí, su cuerpo erguido, pero puedo observar que le tiemblan las manos. Me ofrece una pequeña sonrisa cuando nos sentamos, quizá más un intento de tranquilizarse a sí misma que a mí. Aun así, sus ojos albergan demasiadas dudas, nuestro futuro se balancea sobre una cuerda floja en estos instantes.

Nos sentamos, y mi pulso se acelera al sentir su contacto. Ha colocado convenientemente su chaqueta sobre nuestras rodillas y desliza su mano hasta llegar a la mía. Entrelazamos nuestros dedos y el solo tacto de su piel es suficiente para reconfortarme. Aprieto su mano levemente, un gesto silencioso para asegurarle que todo saldrá bien, aunque ni yo misma me lo creo.

—Doctora Stone, doctora Taylor. Tengo entendido que habéis iniciado una relación inapropiada según los términos expresados en nuestro reglamento interno. ¿Es eso cierto? —pregunta Franklin, sus ojos, dos auténticas dagas que perforan el silencio.

—Es cierto —suspiro.

El pulgar de Sarah traza pequeños círculos sobre el reverso de mi mano.

—Jackie, llevas doce años trabajando en este hospital, ¿me equivoco?

—Casi catorce si contamos mi período de rotaciones como interna —respondo, asintiendo lentamente con la cabeza.

—¿Entiendes la gravedad de este asunto y el motivo por el que existe la prohibición de ese tipo de relaciones entre una interna y su supervisora? —insiste.

—Soy plenamente consciente de que es importante ofrecer una garantía para que no se produzca ninguna situación de favoritismo y mucho menos un abuso de poder —respondo, intentando que mi voz no se quiebre—. Pero te puedo asegurar que ese no es el caso, Franklin. Ha sido una relación plenamente consentida, de igual a igual en todo momento, y se ha mantenido fuera del hospital.

—Jackie, me pones en una situación muy difícil —continúa el director de Recursos Humanos—. Hace poco más de treinta minutos he tenido una charla con la doctora Kumari y se ha expresado en los mismos términos. Me asegura que en ningún momento ha habido un trato inapropiado y que sería una pena perder a una de las mejores cirujanas del hospital junto a una interna con una gran proyección. Su defensa del caso fue bastante… vehemente, por decirlo de manera suave.

Sonrío para mis adentros, imaginando a Arya. Probablemente, su defensa, más que vehemente, consistió en proferir varios insultos y amenazas.

—Te puedo asegurar que esta relación no ha interferido en absoluto en nuestro trabajo. Hemos mantenido total discreción —añado sin saber qué más decir.

Me gustaría explicarle que el problema no es nuestra relación, sino que la madre de Sarah me odia. Todavía me culpa por la muerte de su hijo hace diez años y ha llevado esto demasiado lejos.

Franklin suspira antes de hablar.

—No es mi deseo castigar sentimientos auténticos, pero debemos mantener un entorno profesional del más alto nivel. Lo que habéis hecho pone en peligro ese entorno y viola la normativa interna —explica—. Me gustaría escucharos si tenéis algún tipo de propuesta que pueda resolver esta situación de manera satisfactoria.

Sus palabras flotan en el aire. Puedo observar que duda, le conozco desde hace tiempo y sé que no quiere llegar a tomar una decisión que acabe con nuestros puestos de trabajo. Aun así, no sé qué puedo proponerle.

—Comprendemos la gravedad de la situación y aceptaríamos cualquier condición que nos permita continuar en nuestros puestos —le aseguro, por si acaso él tiene algo ya pensado.

En ese momento, observo que Sarah se pone muy tensa. Miro hacia ella extrañada. Sus ojos, llenos de angustia, se clavan en los míos. Traga saliva y de pronto, se pone en pie.

—Me gustaría proponer un cambio de especialidad, señor Johnson —expone Sarah, su voz solamente un suspiro.

—¿Cómo?

—Si cambio mi especialidad, dejo de estar bajo la supervisión de la doctora Stone —explica Sarah—. He leído el reglamento interno y, mientras informemos al departamento de recursos humanos de que existe una relación sentimental, el hospital lo permite siempre que no haya ninguna dependencia en los puestos de trabajo.

—Sí claro, no podría ser de otro modo. No somos un estado dictatorial —expone Franklin extrañado.

—No puedo aceptar el cambio de especialidad —protesto.

—Deben aceptarlo los jefes de departamento —apunta Sarah, que parece que sí se ha leído el reglamento interno después de todo.

—Sin duda, un cambio de especialidad ayudaría a resolver este conflicto, pero las perspectivas profesionales se verán afectadas —explica Franklin, mirando fijamente a Sarah por encima de las gafas.

—Soy consciente de ello, señor Johnson —asegura Sarah tras dedicarme una sonrisa.

—No lo hagas, por favor —suspiro.

Aprieto su mano por debajo de la mesa en cuanto se vuelve a sentar. No puedo aceptar su sacrificio. No debe renunciar a sus sueños de ser cirujana.

El rostro de Franklin se relaja. La decisión de Sarah le ha quitado un enorme peso de encima. En la práctica, soluciona todo el problema a cambio de un sacrificio personal inmenso.

—Bien, si los jefes de departamento aceptan el cambio, problema resuelto —expone orgulloso, como si él hubiese hecho algo.

Las palabras de Sarah me dejan temblando, ni siquiera soy capaz de reaccionar. Me aferro a su mano como si fuese un salvavidas en un océano revuelto, apretándola, desconcertada.

—Redactaré el papeleo necesario para el cambio de especialidad de la doctora Taylor —agrega Franklin juntando las manos—. Podéis retiraros.

Partimos en silencio, nuestros dedos aún entrelazados. Una vez se cierra la puerta del despacho, Sarah se gira y esconde la cara en mi hombro, temblorosa. Sollozando.

La estrecho contra mí con fuerza, acariciando su espalda, respirando el aroma de mi champú en su pelo.

—¿Qué has hecho, Sarah? —pregunto con un hilo de voz apenas audible.

—Está bien, de verdad —me asegura.

Justo cuando voy a decirle que no, que no está bien porque va a sacrificar sus sueños por una relación que apenas está comenzando, Arya aparece a nuestro lado.

—¿Qué ha pasado? Te juro que si te despiden voy a montar una jodida huelga en este hospital. Con piquetes y todo —añade.

—Nos dijo que tu defensa había sido vehemente, según sus propias palabras.

—Le llamé homófobo de mierda y amenacé con traer a todos

los grupos del colectivo de la jodida ciudad de Nueva York. Tomaremos el hospital con pancartas y banderas si es necesario. Saldremos en todas las televisiones. Lo está llevando más lejos porque sois una pareja de mujeres y…

—No será necesario, Arya —interrumpo.

—¿Qué?

—Sarah va a cambiar de especialidad —susurro.

—No.

—Está decidido, solo necesito que lo apruebes —indica tragando saliva.

—Ahora vamos a tomar un café y me lo contáis con calma —propone Arya—. No acabo de ver eso del cambio de especialidad —agrega, poniéndose en marcha hacia la cafetería.

—¿De verdad le has llamado homófobo de mierda? —pregunto cogiéndola por el codo para que se detenga.

—¡Claro, joder!

—Sabes que esas reglas son iguales para todos, ¿verdad? No implican una discriminación de ningún tipo. Ni siquiera están puestas por Franklin, seguramente —le explico.

—Me da igual —espeta Arya, haciendo una mueca con la mano como si estuviese espantando una mosca—. Se ha salvado de aparecer en todos los periódicos.

Capítulo 21

Sarah Taylor

En cuanto regresamos a su apartamento, Jackie coge mis manos entre las suyas y su gesto se torna muy serio.

—No puedo permitir que lo hagas —indica, dejando escapar un largo suspiro.

Sus ojos reflejan una preocupación tan tierna que mi corazón se salta varios latidos.

—Significas mucho para mí como permitirte renunciar a tus sueños —agrega, apretando con fuerza mis manos.

—Me vas a hacer llorar, si sigues hablando, ¿lo sabes? —confieso, sintiendo cómo una oleada de calor me sube por las mejillas.

—Sarah, sé que llevamos juntas muy poco tiempo, apenas nada. Seguramente pensarás que soy una intensa y hasta te dé miedo seguir conmigo. Aun así, no puedo permitir que cambies de especialidad. Lucharemos, encontraremos una manera de convencer a Recursos Humanos de que podemos seguir trabajando juntas. Por favor.

Me quedo petrificada ante su confesión. Incluso sintiéndome mal, porque lo cierto es que, mi decisión de cambiar de especialidad tiene más que ver conmigo misma que con nuestra relación. Y pensar que en el hospital tiene fama de ser una mujer fría.

—Ahora me da vergüenza explicarte lo del cambio de especialidad —admito nerviosa.

Jackie me mira extrañada, sus ojos azules abiertos de par en par a la espera de una explicación.

—Lo primero, quiero que sepas que me has derretido, de verdad —admito—pero cambiar de especialidad no es tan solo para salvar nuestra relación. Eso influye, por supuesto que sí, y mucho, pero hay más.

—No te sigo.

—Nunca me sentí a gusto en cirugía y no tiene nada que ver con que las rodillas me tiemblen estas últimas semanas cada vez que me miras. Los quirófanos me ponen demasiado nerviosa, siento ansiedad al entrar en ellos. Me recuerdan demasiado a Jason —reconozco.

—Pero eres muy buena y…

—Y no me gusta, Jackie —interrumpo—. Eso es lo que importa.

—¿Por qué has elegido esa especialidad, entonces?

—Porque soy idiota, principalmente. Mi madre siempre insistió en que debía seguir los pasos de mi hermano, pero yo no soy Jason. Es hora de que empiece a tomar mis propias decisiones. Lo que a mí me gusta de verdad es la pediatría —aclaro.

La confusión se dibuja en su rostro al escucharme.

—Cualquiera que sea tu decisión, estaré a tu lado apoyándote —me asegura, bajando la voz antes de inclinarse y besar mi frente.

—No seas tonta, Jackie Stone. Cualquier decisión que tome, te incluirá a ti. A ver si te crees que te vas a deshacer de mí tan fácilmente —bromeo.

Jackie sonríe y me abraza. Me aprieta fuerte, como si no quisiese soltarme nunca, y cada vez tengo más claro que es con ella con quien quiero estar.

—¿Son lagrimitas eso de tus ojos, doctora Stone?

—¡Qué idiota eres! Pero en la reunión parecía que lo tenías planeado.

—No fue del todo espontáneo —le explico—. Ayer, mientras dormías con alguna copa de más, estuve hablando con Lauren un buen rato. Ya le había comentado una vez que lo que de verdad me gustaba era la pediatría y que me ponía muy nerviosa en los quirófanos. La idea fue suya. Tiene una memoria increíble y recordaba casi cada línea del reglamento interno que nos dieron el primer día. Fue Lauren quien sugirió que propusiese el cambio de especialidad en la reunión. Soluciona el problema y le doy una salida digna al departamento de Recursos Humanos para no verse obligado a tomar una decisión. A su vez, espero que ellos me faciliten el cambio de especialidad.

—Joder, lo tenías todo pensado.

—Lauren es muy lista. Por cierto, siento no haberte dicho nada antes de entrar, no sabía cómo te lo ibas a tomar y…

—Y yo que le he dicho a Arya que no acepte tu solicitud.

—Pues ya la puedes ir llamando por teléfono —indico, alzando las cejas.

Jackie sonríe. Coge mi mano, levantándola para besar mis nudillos, y su cara de felicidad me deja el corazón muy blandito.

—Te ayudaré en todo lo posible. Sé que brillarás en pediatría —susurra.

—¿Con tu ayuda? Tendréis que usar gafas de sol de todo lo que voy a brillar —le aseguro.

—Prepararemos juntas tu último examen del USMLE para que te quedes en el hospital. Porque vas a vivir aquí conmigo, ¿verdad?

—¿Debo responder? No están las cosas como para volver a la casa de mi madre —le explico—. Además, no sé si te acuerdas de que ayer me pediste que te volviese a atar —le recuerdo entre risas.

—¿De verdad hice eso? —pregunta llevándose las manos a la cabeza.

—Justo antes de añadir que te podía dar azotes en el culo cuando quisiera —bromeo.

Me inclino hacia ella, colocando la mano bajo su cinturón para atraerla. Nos besamos, pequeños gemidos al morder su labio inferior.

—No te muevas. Nada, ni un solo músculo. ¿Podrás hacerlo? —susurra, separándose de pronto.

—Sí, supongo. ¿Creía que querías que te atase? —inquiero alzando las cejas.

—Eso podemos hacerlo más tarde. Ahora quiero probar algo —insiste.

Sus hermosos ojos azules están llenos de deseo mientras desabrocha, uno a uno, los botones de mi blusa, con una lentitud que me hace temblar. Cada roce de sus dedos en mi piel envía una corriente eléctrica que recorre todo mi cuerpo, hasta detenerse justo en mi sexo.

—Debes quedarte muy quieta —me recuerda, desprendiéndose de mi blusa y colocándose a mi espalda para desabrochar el gancho del sujetador.

Desliza la punta de sus dedos por mi piel desnuda con una delicadeza maravillosa, poniéndome la piel de gallina con cada una de sus caricias.

—Me estás volviendo loca —suspiro al sentir sus dedos recorrer el contorno de mis senos.

Jackie besa mi cuello, deslizando sus manos por mi vientre hasta desabrocharme los pantalones, y debo hacer un esfuerzo supremo para no darme la vuelta y quitarle la ropa con los dientes, si fuese necesario. Cierro los ojos al tiempo que me desnuda por completo, y cuando los abro, la encuentro mirándome de arriba abajo con deseo.

Trago saliva y los siguientes instantes parecen suceder a cámara lenta. Perdida en la intensidad azul de su mirada, observo cómo Jackie se va desnudando sin romper el contacto visual en ningún instante. En estos momentos, comienzo a estar tan excitada que no creo que pueda aguantar quieta por más tiempo.

—Quiero que contestes a una pregunta —susurra junto a mi oído.

Solamente asiento lentamente con la cabeza.

—¿Te has tocado alguna vez pensando en mí?
—Muchas —admito con un suspiro.
Jackie sonríe, mordiendo su labio inferior, y alza las cejas en lo que me parece el gesto más sensual que haya visto jamás.
—Yo también —sisea.
—¿Pensando en ti?
—Eres idiota —masculla, colocando las manos en mi cintura y atrayendo mi cuerpo hasta pegarlo al suyo. Y el suave gemido que emite en el momento en que nuestros pechos desnudos se rozan, me derrite por completo.
Su dedo pulgar recorre lentamente mi mandíbula, deslizándose por mi cuello hasta bajar a la línea de la clavícula. Suspira. Su respiración entrecortada, los labios entreabiertos. Traza con la yema de sus dedos dibujos imaginarios entre mis pechos, y cada roce sobre mi piel desnuda me hace enloquecer de deseo.
Normalmente, me gusta llevar el control. En el sexo soy una mujer muy dominante, pero debo reconocer que dejar que Jackie explore poco a poco mi cuerpo, sin que pueda moverme, añade un toque de excitación imposible de ignorar.
—Es hora de ir a la cama —indica, señalando con la barbilla hacia la puerta del dormitorio.
La sigo con pequeños pasos, hipnotizada por el movimiento de sus caderas, el calor entre mis piernas haciéndose irresistible por momentos.
—Túmbate sobre el colchón boca arriba —ordena.
—Puf —alzo las cejas divertida y le hago caso.
Se sienta a horcajadas sobre mis caderas y no puedo resistir la tentación de acariciar sus piernas, hasta que me lanza una mirada que me frena en seco.
—No he dicho que puedas moverte —expone cuando empiezo a acariciar sus tobillos.
—Joder, Jackie. No me esperaba esto para nada. No te puedes hacer una idea de cómo me tienes en estos instantes —confieso.
Se inclina para besarme, y al sentir sus labios, no puedo reprimir un gemido apagado. Todo desaparece a nuestro alrededor, todo se hace borroso. Tan solo estamos Jackie y yo. Nuestros cuerpos desnudos. La suavidad de su piel sobre la mía.
—No puedes moverte —me recuerda entre jadeos cuando mis manos recorren sus costados.
—Joder, Jackie.
Besa mi cuello, lo lame con la punta de su lengua. Muerde mi barbilla antes de deslizarse por mi cuerpo, cubriéndolo de pequeños besos. Gimo al sentir su lengua rodear mi areola, pero es un momento fugaz, pronto sus labios siguen su camino,

vadeando mi ombligo en dirección a zonas más sensibles.

—Tienes una piel suavísima —susurra acariciando mi pubis con delicadeza.

Es una caricia sutil, como hecha con una pluma, aunque por la forma en que frota su sexo contra mi muslo, veo que está tan excitada como yo.

Y cuando por fin deja caer su mano entre mis piernas, deslizando un dedo por mi húmedo sexo, no puedo contenerme por más tiempo.

—No puedo más —gimo al tiempo que agarro con fuerza su melena rubia al sentir que entra en mi interior.

Apoya la mano izquierda en mi pubis, como tratando de que no me mueva demasiado, antes de recorrer con la lengua mi clítoris y hacerme gritar de placer.

Lo lame con cariño, lo besa, los succiona entre los labios y la lengua, haciendo que cada músculo de mi espalda se tense. Me hace el amor con sus labios.

—Dime cómo te gusta —susurra, alzando brevemente la mirada para encontrarse con la mía.

Creo que el largo gemido que se me escapa le indica que va por el buen camino.

Hace pequeños círculos en mi interior, curva sus dedos hacia arriba, mirándome con una mezcla entre deseo y curiosidad, como si quisiera adivinar por mis gestos cómo darme mayor placer.

Durante un tiempo le mantengo la mirada, hay algo exquisitamente excitante en ver cómo ese par de ojos azules me observa a punto de tener un orgasmo. Aun así, la tensión es tan fuerte, el placer tan intenso, que cedo y cerrando los ojos, clavo la cabeza en la almohada mientras dejo escapar un delicioso orgasmo que rompe como las olas del mar contra la costa.

—¿Te ha gustado? —pregunta con los dedos aún dentro de mí, pequeños espasmos de placer cerrándose sobre ellos.

—Eres una bestia —reconozco.

Jackie sonríe. Una sonrisa hermosa. Se lleva los dedos a la boca para lamerlos antes de tumbarse a mi lado y cubrirme de suaves caricias.

—Dime cómo puedo mejorarlo.

—¿Tú quieres matarme?

—Quiero que cada vez que hagamos el amor sea algo único y para eso debo saber lo que más te gusta —añade.

—Me parece súper tierno que me lo preguntes —admito besando su frente.

Capítulo 22

Sarah Taylor

Mi primer día en la rotación de medicina pediátrica se abre con un horizonte lleno de posibilidades. Por una casualidad del destino, hoy comienza un nuevo grupo de internos a los que me incorporo como una más. He perdido tres meses en la rotación de cirugía, pero también he ganado mucha experiencia. Y a Jackie… sobre todo a Jackie.

Charlo con mis compañeros mientras nuestra supervisora, la doctora McGrath nos entrega varios manuales, entre ellos el de procedimientos internos que me trae demasiados recuerdos. Y, a pesar de que ya he pasado por este proceso en cirugía, estoy tan nerviosa como cualquiera de ellos.

Sé que en estas habitaciones habrá lágrimas y risas, Duras verdades y curas milagrosas. Vidas que prenden de un hilo. La confianza ciega de muchos padres en nuestras manos.

Se me corta la respiración cuando nos presentan a nuestra primera paciente. Una niña de seis años cuya sonrisa valiente oculta la enfermedad que la aqueja. Sus padres observan cómo nuestra supervisora la examina, sus ojos reflejan miedo y esperanza a partes iguales mientras nos explica los procedimientos a seguir.

Presto atención embobada cómo la doctora McGrath se sienta junto a la niña, hablándole con cariño. Sus dedos examinan los ganglios linfáticos inflamados con un tacto ligero, como si se tratase de una pluma, aunque con la seguridad de años de experiencia.

—Palpa aquí, Sarah —indica, guiando mi mano—. ¿Qué notas? Dime cinco síntomas que observes en la paciente.

La compañera que tengo a mi izquierda se pone rígida, se le escapa un gesto de fastidio al no ser ella la elegida para el diagnóstico y yo ruego en silencio no encontrarme con otra como Eric.

La niña me mira, el ceño fruncido como si estuviese concentrada en mi diagnóstico.

—Piel pálida, párpados hinchados, ganglios sensibles… — nuestra supervisora escucha atentamente y sonríe, asintiendo con la cabeza.

A continuación, nos explica los posibles diagnósticos con claridad, indicando las pruebas necesarias para comprobarlos.

Nos observa con cuidado, asegurándose de que comprendemos sus enseñanzas, y puedo ver la cara de relajación de los padres a medida que las palabras de la doctora alivian sus temores iniciales.

—A los niños hay que hablarles con cariño —nos explica—. Esto es muy diferente a otras especialidades de la medicina. Debemos hacerles ver que les valoramos, tenemos que ayudarles a vencer sus miedos.

Sonríe constantemente, acariciando el pelo de la niña de cuando en cuando, transmitiéndoles seguridad tanto a ella como a sus padres.

Y por algún motivo, en ese instante, recuerdo la hermosa sonrisa de otra persona. El modo en que arruga la nariz, los hoyuelos que se forman a ambos lados de su boca. Sus preciosos ojos azules llenos de ternura. Los suaves gemidos que me roban la voluntad cuando hacemos el amor.

Jackie me encuentra cuando me dirijo con el resto de los internos a la sala de descanso, acercándose a mí con pequeños pasos.

—¿Qué tal tu primer día?

—Increíble. No te lo tomes a mal, pero prefiero mil veces estar en pediatría. Me encanta —reconozco—. Los niños son maravillosos. No sé, hay algo que se siente especial, siento que he encontrado mi lugar.

—Y qué tal se siente poder hacer esto libremente, ¿también especial? Porque para mí sí lo es —confiesa, colocando las manos en mi cintura antes de besar mis labios.

—Mucho más especial de lo que puedo expresar con palabras, doctora Stone —admito, sintiendo que se me pone colorada hasta la punta de las orejas.

—¿Debo ponerme celosa de tu nueva supervisora?

—Es tuyo —afirmo señalando mi corazón con el dedo índice—. Solo tuyo, para siempre—añado con un guiño de ojo.

Jackie sonríe y regresa al área de cirugía, dejándome con el resto de mis compañeros que me miran con los ojos muy abiertos.

—¿Acabas de besar a una doctora? —susurra una chica de aspecto tímido.

—Estamos saliendo.

—Eso no es… ¿no está como totalmente prohibido? —insiste.

—Solo si estamos en el mismo departamento. Recursos Humanos ya está avisado —me apresuro a explicar.

—¿Y no es un poco mayor para ti? —añade la interna ultra competitiva que cada segundo que pasa me recuerda más a Eric.

—Para nada —zanjo.

Y soy consciente de que en mis labios se refleja una sonrisa tonta. ¿Quién me iba a decir que la muerte de mi hermano crearía el vínculo que me conduciría hasta Jackie?

Desde que Jason falleció, para mí, el hogar ha sido un concepto extraño. Cuatro paredes compartidas con mi madre en las que nunca me sentí a gusto. Un palpable sentimiento de odio que generaba una angustia continua. La sombra de mi hermano omnipresente en cada rincón.

Con Jackie es diferente, por fin tengo algo a lo que puedo llamar hogar. Mi corazón se acelera cada vez que escucho el tintineo de las llaves en la entrada, cuando llega tarde del hospital. Junto a ella he encontrado refugio.

Una mañana, Lauren me pidió que se lo explicase y no supe. Son infinidad de cosas; las risas compartidas, las historias del día a día. Una cálida caricia, un beso en la frente, la ternura en sus ojos azules. Un millón de pequeños detalles.

Y ahora me doy cuenta de que comienzo a ser yo misma. Soy Sarah Taylor. No la hermana de Jason. Soy yo, y no tengo por qué vivir a la sombra de nadie. La muerte de mi hermano fue una tragedia devastadora, pero no por eso debo sacrificar toda mi vida por seguir sus pasos. Ojalá mi madre entendiese que el odio desmedido hacia Jackie no le devolverá a su hijo.

Y mientras tanto, junto a ella, he encontrado mi morada. En mi mente resuenan sus palabras antes de salir de casa esta mañana, cuando me dirigía al primer día de mi nueva rotación. Son como un eco lejano que me tranquiliza.

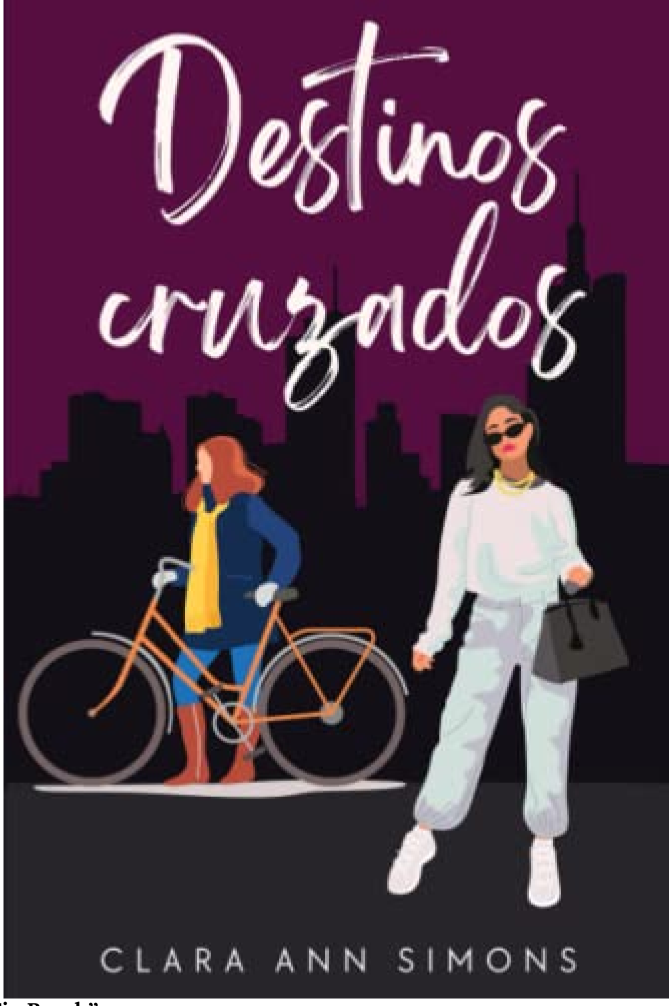
—Ahora vete —susurró Jackie, deslizando su dedo pulgar por mis labios—. Brilla en pediatría. Yo te observaré desde lejos y mantendré una luz encendida por si necesitas encontrar el camino.

Otros libros de la autora

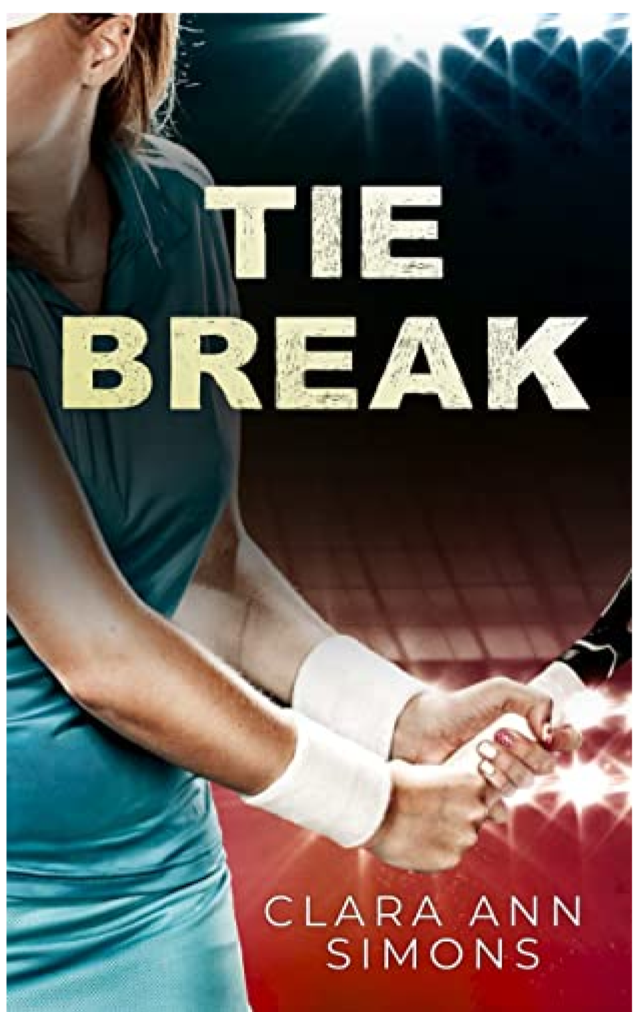
Tienes los enlaces a todos mis libros actualizados en mi página de Amazon.

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán también los siguientes: (Y por favor, no te olvides de dejar una reseña en Amazon o en Goodreads. No te lleva tiempo y ayuda a que otras personas puedan encontrar mis libros).

“Detinos cruzados”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0C3FB4J4C
Versión en papel https://relinks.me/B0C5PGWF79

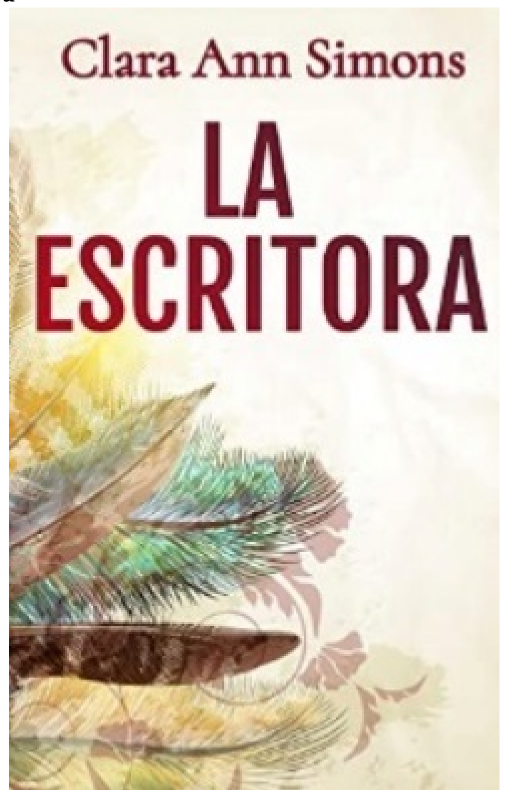


“Tie Break”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0BZJJVXFN
Versión en papel https://relinks.me/B0C1RC6C9G


TIE
BREAK
CLARA ANN
SIMONS



“La escritora”

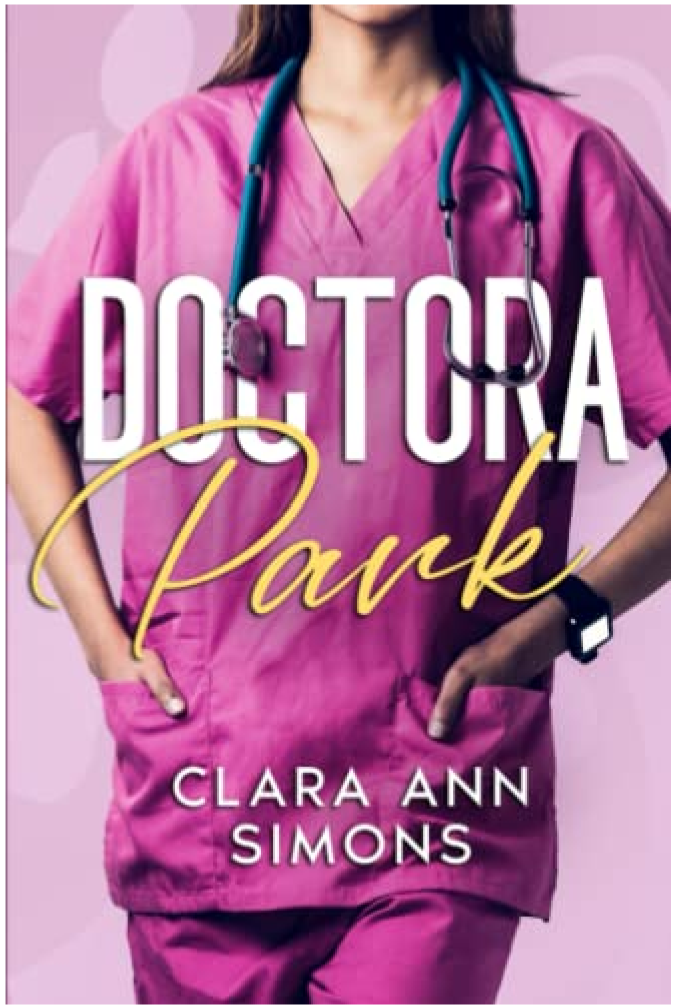


Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0BMZJQR4T

Versión en papel https://relinks.me/B0BRRQGF3W

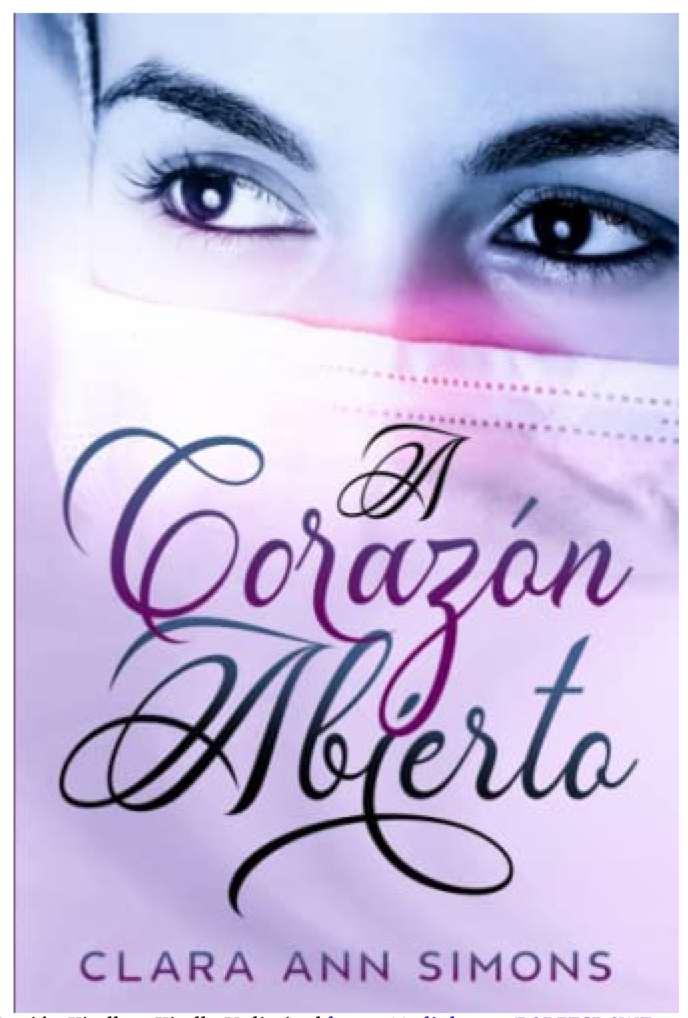
Serie Hospital Collins Memorial. Libros autoconclusivos que comparten hospital y varios de los personajes.

“Doctora Park”



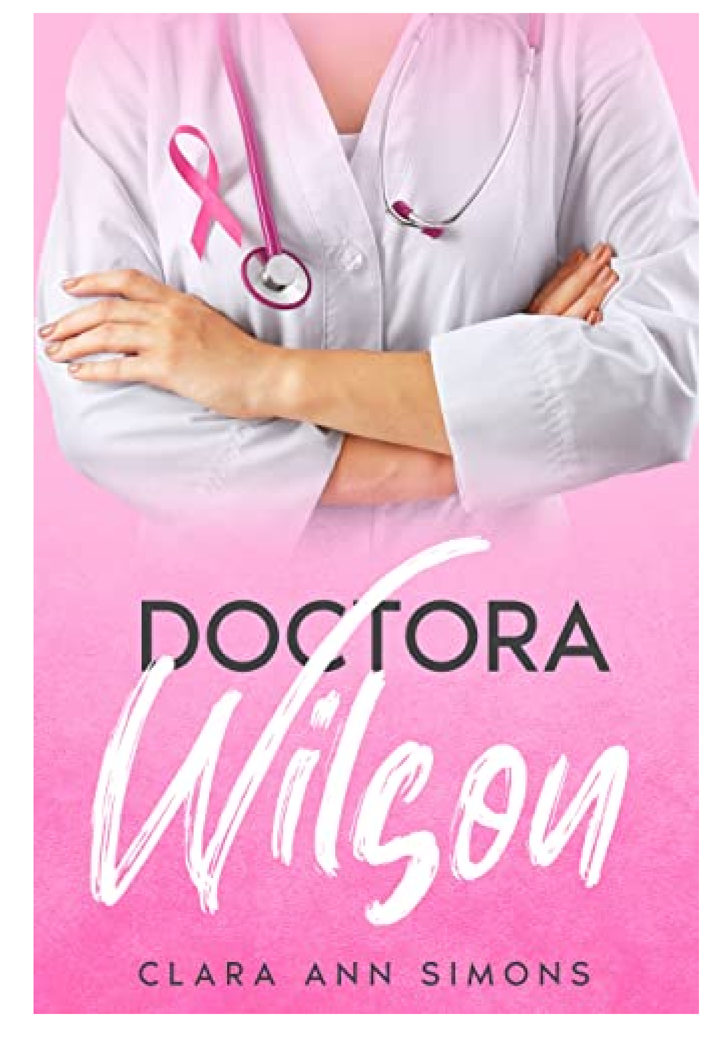
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B09ZV9K3WL
Versión en papel relinks.me/B0B2HQ3NZN

“A corazón abierto”

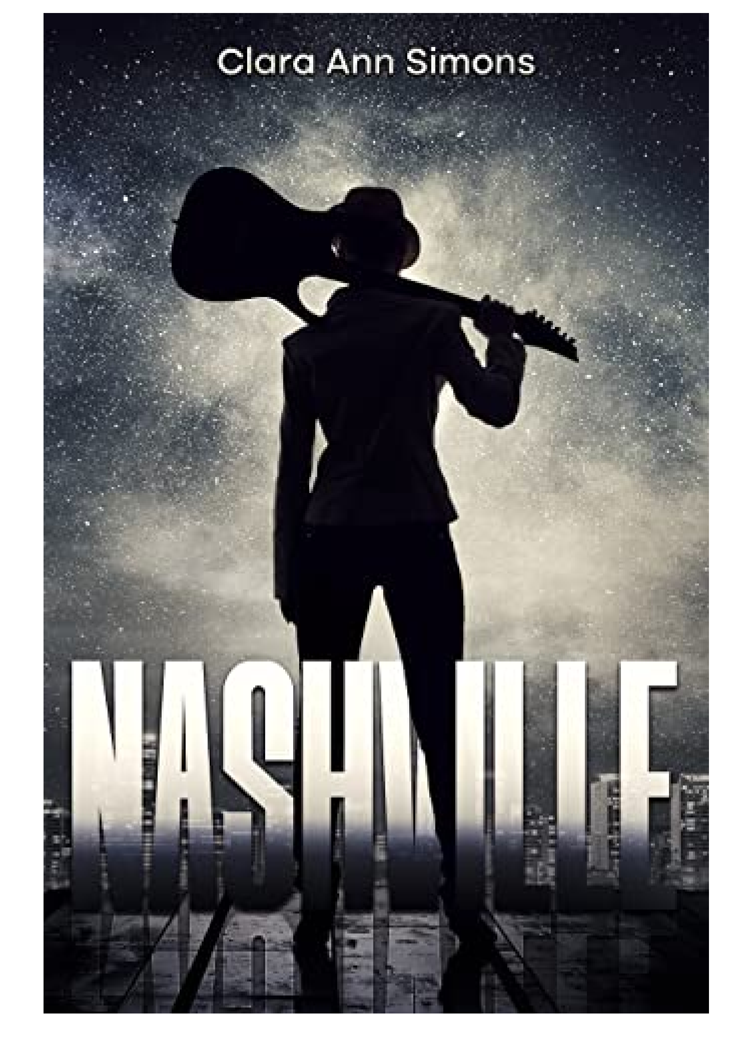


Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0B57SR6WZ
Versión en papel https://relinks.me/B0B9QS31KX

“Doctora Wilson”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0BD26HQDX
Versión en papel https://relinks.me/B0BLR5C55W



“Nashville”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B09RFVH3YT
Versión en papel https://relinks.me/B09RFWSF3N


Clara Ann Simons
NASHVILLE